

# EL AÑO de la COMUNIDAD

*Guillermo Rovirosa*

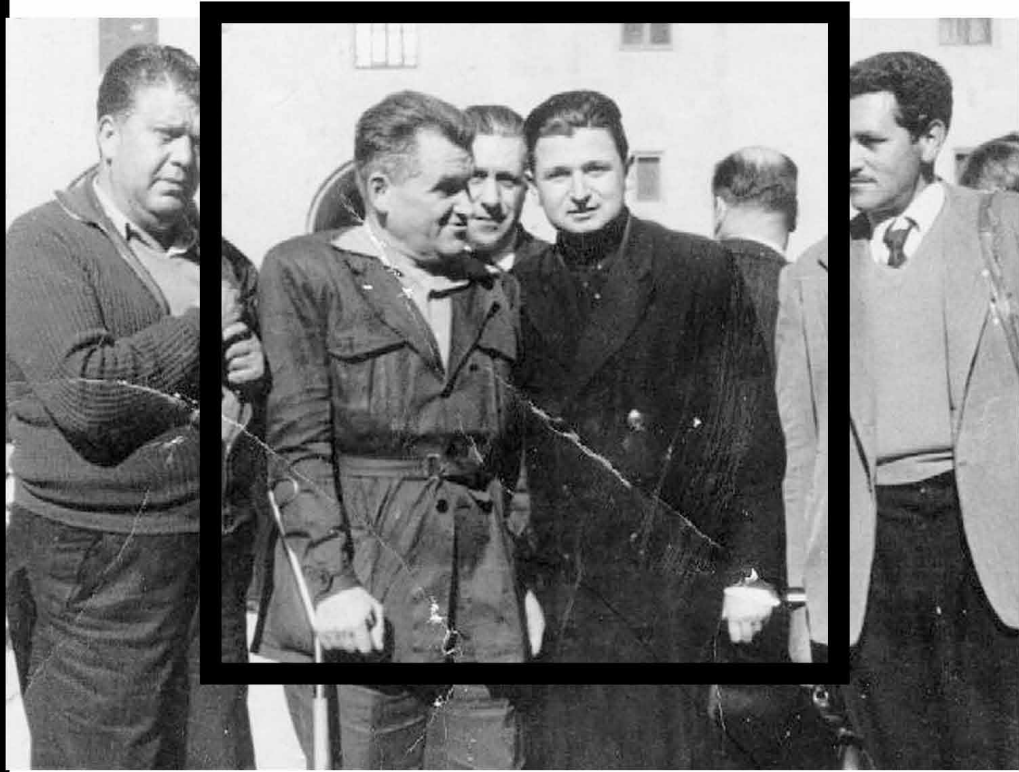


EL AÑO DE LA COMUNIDAD

# EL AÑO de la COMUNIDAD

*Guillermo Rovirosa*

CULTURA



Guillermo Rovirosa

El AÑO de la  
COMUNIDAD

PRESENTACIÓN

Guillermo Rovirosa, apóstol de los pobres en los tiempos de la técnica, gran investigador, es referencia vital para los jóvenes del siglo XXI. Escribió estas hojas en el año 1962 al comienzo del Concilio Vaticano II, del que él había sido precursor.

Tras su conversión, ve con claridad que debe entregar la vida al servicio de Cristo en su Iglesia, por la que sintió siempre un gran amor, como la gran mayoría de los conversos. Es la idea del protagonismo de la persona humana, junto con la misión de los pobres en el Evangelio, lo que le decide a lanzarse al apostolado obrero, por ser entonces, en la historia, la clase obrera española, la clase de los pobres.

Se entregó a la tarea apostólica desde la Hoac, con todo su ser, él que pudo ser gran investigador, vive un proceso creciente de disminución de necesidades, se hace obrero abrazado con la pobreza evangélica, por razón de comunión con Dios y con los hermanos, y de su propia libertad. Sufrió la viudedad en vida de su esposa, y en el apostolado le tocaría sufrir con toda alegría la persecución de las personas por las que él había dado la vida. «No se defiende

un hijo de su madre» dirá cuando le llegó la persecución desde dentro de la Iglesia, y se opuso a que otros le defendieran.

Desde su expulsión de la Hoac, hasta su muerte (1957-1964), Rovirosa colabora con la Hoac en lo que los amigos le pidan. Una de sus más importantes colaboraciones será con un equipo de militantes de Manresa que tiene la iniciativa de lanzar el Almanaque de los hogares obreros, que difunde con alegría. También tuvo problemas el Almanaque. Las autoridades de Prensa se presentaron en la imprenta y hubo interrogatorio especialmente sobre la persona de Rovirosa.

El Almanaque de 1963 le escribe enteramente él.

Tras su expulsión, además de realizar colaboraciones en la Hoac en las tareas más humildes cuando se lo pedían, continúa su labor evangelizadora, generando en torno a él, un grupo de amigos que recibían y trabajaban los cuadernos Coopin y a los que él incorporó a la nueva experiencia apostólica de la Editorial ZYX. Esta editorial era la herramienta y tapadera en la clandestinidad de lo que después el nuevo Código de Derecho Canónico, denominará «Asociación Privada de Fieles», donde los fieles laicos bajo su propia responsabilidad y sin implicar a la jerarquía, trabajan corriendo ellos mismos el riesgo de equivocarse sin que ello afecte al resto de la Iglesia. Esto es fundamental para que los seglares, se impliquen a fondo en su labor específica de transformar el mundo de la cultura, la economía, la política, la sociedad, desde los cruces de caminos donde se desenvuelve la vida de los hombres hoy.

Nuestros brazos tienen que abarcar desde el pequeño grupo hasta la humanidad entera, construyendo una sociedad basada en la solidaridad de toda la familia humana.

El responsable de Ediciones “Voz de los sin Voz”

VIDA CRISTIANA, VIDA OBRERA;

IMPOSIBLE SIN COMUNIDAD

La vida del cristiano siempre ha de ser vida de comunidad, so pena de no ser vida cristiana, actualizando el amor que caracteriza la Comunidad Suprema, formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Si decimos que 1963 ha de ser el AÑO DE LA COMUNIDAD no es porque los otros años lo sean menos, sino porque vamos a dedicar una atención preferente a este aspecto tan fundamental de nuestra vida religiosa.

Con los mejores augurios para el año que empieza, para todos vosotros, hermanos que formáis, que debemos formar, la comunidad de las familias obreras, vamos, pues, a poner un cuidado especial al sentido de comunidad, que ha de conducirnos a SER UNO, como son UNO el Padre y el Hijo.

Nosotros, especialmente, los obreros, ¡cómo necesitamos de manera vital la comunidad, si es que queremos continuar existiendo como clase y no queremos perecer en las inmundicias del individualismo, del egoísmo ladrón a que está abocado el mundo, por estar alejado de Jesús!

[Si el Almanaque consigue para todos nosotros avanzar un poco por este camino en este año]<sup>1</sup>, será verdaderamente el AÑO DE LA COMUNIDAD.

## COMUNIDADES RELIGIOSAS

1. ¿Así resulta que los que hemos sido llamados a la vida ciudadana también tenemos que vivir en comunidad?

Lo primero que hay que dejar bien sentado es que a lo largo de las hojas de este Almanaque no nos referiremos para nada a las «comunidades religiosas» de las diversas órdenes y congregaciones aprobadas por la Iglesia.

Todo lo que a ellas se refiere está ordenado y establecido en el Derecho Canónico, por una parte, y en la Santa Regla, establecida por sus fundadores. Además, existe en Roma la llamada Sagrada Congregación de Religiosos que atiende de manera especial todo cuanto se refiere a estas «comunidades», tanto masculinas como femeninas.

Tales comunidades han representado y representan dentro de la Iglesia un exponente patente y claro de su vitalidad sobrenatural. Constantemente se ofrece a los ojos del mundo el espectáculo de unos hombres y unas mujeres que lo han abandonado todo para seguir a Cristo por el camino de la renuncia y el sacrificio, cada uno según su particular «vocación», ya que unos son «llamados» a misionar, otros a la predicación, otros a la enseñanza, otros a la clausura contemplativa, otros a las innumerables formas de las obras de Misericordia, etcétera.

2. A nosotros, obreros, es indispensable un mismo espíritu para conseguir una vida comunitaria

Una comunidad religiosa se caracteriza por el hecho de que los que la componen residen en una misma casa, que se suele designar con los nombres de convento, monasterio, etcétera.

Se presupone que todos los que la componen tienen un mismo espíritu, ya que todos tienen la misma «vocación», todos han recibido la misma preparación, adecuada a tal «vocación», y todos han pasado por un período de prueba que puso de manifiesto que tal «vocación» era auténtica y no ilusoria.

El tener un mismo espíritu no es suficiente para constituir una comunidad religiosa, ya que todos los que componen la Orden Capuchina, por ejemplo, tienen un mismo espíritu con su Padre y fundador san Francisco de Asís. Para que haya una Comunidad Capuchina se precisa que un mínimo de padres y de legos capuchinos hagan vida común en una residencia determinada.

Claro está que lo que acaba de indicarse no es TODO, pero sí una parte importante que nos ayudará a ver claro lo que se irá explorando en días sucesivos.

3. Formemos nuestro grupo humano con un mismo espíritu y voluntad. Así Cristo salvará al mundo

Ya hemos visto que para que exista una comunidad religiosa hace falta: primero, un grupo de personas animadas por un mismo espíritu; segundo, que vivan todas en una misma residencia.

Cuando se dan plenamente ambas circunstancias puede decirse que hay verdaderamente una comunidad religiosa. No puede afirmarse que forman comunidad unas personas cuyos ideales son idénticos pero que físicamente están muy apartadas unas de otras, ni tampoco cuando los que viven juntos en una misma casa... no se entienden.

Estas consideraciones pueden explicar, en parte, el hecho de todos conocido de que no siempre en las comunidades religiosas han florecido las virtudes y la santidad que habitualmente puede esperarse de estos núcleos extraordinarios de vida, en los que el Espíritu Santo encuentra personas en excelente disposición para recibir sus dones.

Tales fluctuaciones son inherentes a nuestra condición humana, pero por encima de todo está el hecho multiseccular de la valiosa y grandísima aportación de las comunidades religiosas en toda la historia de la Iglesia militante.

## COMUNIDADES NO RELIGIOSAS

1 ¿Cuándo nos decidiremos a formar una pequeña comunidad obrera para tener vida abundante?

La palabra comunidad no es exclusiva para designar a las personas que se

agrupan para fines religiosos, ya que se usa también para designar agrupaciones que no tienen ninguna relación directa con la religión.

Por ejemplo: en nuestro país existen oficialmente las «comunidades de labradores y ganaderos» y en bastantes lugares las «comunidades de regantes».

Los ayuntamientos también son llamados «comunidades» o comunas en numerosos países. En la China comunista constituyen un elemento de gran interés, por los problemas que en ellas se plantean las comunas colectivas.

En numerosas localidades de nuestro país todavía existen los llamados bienes y terrenos comunales, que tienen siglos de existencia que tampoco tienen ninguna relación directa con ninguna clase de Comunidad religiosa.

Es, pues, interesante observar cuáles son las notas características de estas comunidades no religiosas.

2. Decimos que deseamos la paz y la felicidad para el mundo, pero, de hecho, las buscamos sólo para nosotros

Para que existan estas comunidades no religiosas no se precisa que sus componentes sean gente de las mismas ideas, sino que basta con que se apliquen a una tarea común, o que disfruten de los beneficios de unos mismos bienes, o ambas cosas a la vez.

Puede afirmarse que el ideal de tales comunidades es el que se expresa como lema de la Comunidad Británica (conocida con el nombre de «Commonwealth», que viene a significar «riqueza común»), que es: Todos para uno y uno para todos.

Toda persona razonable se da cuenta de que éste es un hermoso ideal, y de que la vida humana tendría un sentido muy diferente del actual si el esfuerzo general se orientara en este sentido. Las escandalosas diferencias sociales, las guerras, los países subdesarrollados... dejarían de ser una realidad para pasar a ser únicamente un recuerdo histórico.

Y lo más sorprendente es constatar que este ideal que TODOS reconocemos como el más deseable y el mejor, en la práctica no tiene apenas realidad alguna. Esta es una de las paradojas más sorprendentes de la vida actual, y podría expresarse así: Porque todos lo deseamos, no se ve por parte alguna.



3. Sin libertad de miembros vivos en el mundo del trabajo es imposible que en él se desarrolle el ideal de comunidad

Modernamente son muchos los que para expresar lo que es una empresa productora, la designan como una comunidad de trabajo. La expresión es correcta para indicar lo que debería ser, pero no es válida para definir lo que es.

Puede llamarse comunidad de trabajo, con toda propiedad, a una cooperativa industrial en la que todos los que la integran tienen una parte proporcional en su propiedad, en su marcha y en su tarea. Pero de ninguna manera puede llamarse comunidad de trabajo al grupo de reclusos que en un penal hacen cestos de mimbre.

Las actuales empresas productoras no son ni lo uno ni lo otro; puede decirse que están en una posición intermedia. Todo progreso, en su contextura, deberá buscarse en un irse acercando a la primera forma y apartarse de la segunda.

Esto ya nos indica que una premisa fundamental para que exista una comunidad no religiosa (además de una tarea o un aprovechamiento común) es la de que sus componentes han de poseer un mínimo de libertad humana, que no consiste solamente en poder andar libremente por la calle, sino principalmente en no estar prisioneros de necesidades vitales insatisfechas, que fuerzan a recorrer caminos por los que uno no quisiera a pasar.

## COMUNIDAD CONTRA EGOÍSMO

1. Vemos: el mundo está borrascoso. Juzgamos: lo deseamos fraternal.  
Actuamos: los demás, a mis órdenes

En el lema «Todos para uno y uno para todos» podemos decir que la primera

mitad expresa la parte del egoísmo, y la segunda la de la comunidad.

Aceptar que todos están pendientes de mí para satisfacer mis necesidades, e incluso mis caprichos, no cuesta nada, pues es precisamente lo que reclama el egoísmo que todos llevamos dentro, más o menos larvado.

Lo duro, lo que verdaderamente cuesta, y es contrario a nuestra naturaleza caída, es el llegar a «desvivirme» por todos. Todavía puedo hacerlo por los míos, por los que me son simpáticos... pero, ¿por todos?

Además, parece que ni siquiera vale la pena empezar por este camino ya que uno está seguro de que no se puede llegar al final. ¿Cómo voy ni tan sólo a intentarlo, si ahora que me desvivo por unos pocos los resultados son tan insignificantes? Si quiero cuidarme de todos segurísimo que no podré cuidarme verdaderamente de ninguno.

Esto, a primera vista, parece una verdad tan evidente que no tiene vuelta de hoja.

De todas maneras, daremos vuelta a la hoja...

2. Los obreros debemos despegarnos de nuestro egoísmo si queremos hacer una sociedad justa

Es certísimo que NADIE puede ocuparse de todos a todas horas. Ni siquiera de uno solo.

Pero es que esto, además de no ser posible, tampoco hace ninguna falta, porque nadie (ni aun el más enfermo y necesitado) precisa que otro se ocupe de él veinticuatro horas diarias sin interrupción. Cada uno respira por su cuenta, duerme por su cuenta, sus funciones vitales (esté sano o enfermo) las realiza por su cuenta y sin intervención ajena.

El lema Todos para uno no puede consistir en que yo me tumbe a la bartola, y que TODOS los demás me atiendan y me cuiden, pues esto, sería una injusticia manifiesta. Aunque para muchos, esto se designe con el nombre de vidaza burguesa y constituya la máxima felicidad posible y apetecible.

Consiste en que cuando uno ha hecho todo cuanto podía para salir adelante (en lo que sea) pueda encontrar ayuda benévola en los demás para salir del atolladero.

Aquí entra en juego una jerarquía de valores que no puede ser descuidada.

Un hombre sano no puede pedir que otro le pase benévolaente a hombros por el vado, simplemente por no mojarse sus zapatos o sus pies.

En este caso, el servicio hay que pagarlo.

3. Pongamos la parábola del samaritano al día. Quizá nos encontremos unos vulgares ladrones

El Uno para Todos no puede significar que uno está constantemente pendiente de todos los demás, descuidando completamente lo suyo personal. Esto sería perfectamente idiota.

Y no se diga que si todos hicieran lo mismo, al resolver él las cosas de los demás se encontraría con que los demás le han resuelto las suyas. Esto es falso porque los demás no podrían resolverle sus cosas por la razón elemental de que él carece de «sus cosas».

No se trata de un quehacer, sino de una disposición de ánimo. No es cuestión de hacer tal o cual cosa por los demás, establecida de antemano, sino de encontrarse dispuesto en todo momento a ayudar a quien precise la colaboración en materia que le podamos ofrecer. Se trata de no pasar de largo cuando al borde del camino hay un hombre medio muerto, maltratado por los ladrones.

Seguramente que no hay nadie que se niegue EN ABSOLUTO a ayudar a nadie. Es cuestión de matiz. Habrá quien, para enternecerse y hacer «algo», necesitará encontrarse ante catástrofes y calamidades tremendas, mientras que otros serán sensibles a una lágrima de niño. En otro aspecto, los hay capaces de ayudar si ello les cuesta muy poco... casi nada; en cambio, otros son capaces de imponerse grandes sacrificios para devolver su sonrisa a un rostro triste.

Entre estos extremos nos movemos.

## COMUNIDAD A LA FUERZA

1. Cuando los progresos no conducen a una mayor comunidad son portadores

de iniquidad

De hecho, todos los humanos, y desde siempre, vivimos en comunidad, tanto si se quiere como si no. Lo que pasa es que se trata de un hecho tan natural que no sólo no nos fijamos en él, sino que ni siquiera nos damos cuenta.

De hecho, todos los vivientes formamos una comunidad religiosa, por el hecho cierto de que Dios nos ha dado el ser con este designio. Pero, como además del ser nos ha dado también la libertad, podemos no querer esta comunidad, pero este no querer no tiene fuerza bastante ni mucho menos, para deshacer lo que Dios ha hecho. Todo lo que puede hacer es lo que hace y lo que todos vemos: introducir el desorden en la familia (comunidad) humana.

Pero basta tener ojos en la cara y un mínimo de juicio en la mente Para darse cuenta de que los sucesivos avances y perfeccionamientos la humanidad no pueden conducir a otra meta que a ésta: todos los humanos agrupados en torno al Creador, como polluelos bajo las alas de la clueca, para usar la imagen que nos dejó Jesús.

Todo el mal, todo el dolor, todas las injusticias que nos azotan no tienen otro origen que este no querer vivir en comunidad religiosa con todos los hijos de Dios.

2. Somos como ciegos de nacimiento. Continuamos queriendo dominar. Así vamos

Con estar tan cercanos, todavía están lejos los tiempos en que los hombres «terrestres» estarán en condiciones de explorar y explotar otros planetas. De momento (y por bastante tiempo), podemos seguir afirmando que este planeta, la tierra, es el bien comunal que la humanidad posee para beneficiarse de él, y para trabajarlo.

En este aspecto la humanidad forma una verdadera comunidad no religiosa, tanto si se quiere como si no.

También aquí la actitud de los humanos puede tomar una doble dirección:

Primera: Aceptar esta situación de hecho y ordenarlo todo de manera conforme con ella. No hay por qué decir que esta actitud todavía está por estrenar, al menos en una dimensión perceptible.

Segunda: Fabricar ideales con nombres abominables de imperialismos,

nacionalismos, autarquías, racismos, etc., que no hay por qué exponer la cantidad de miseria, de dolor y de lágrimas que han hecho llover sobre la humanidad, y que, por lo visto, no lleva trazas de terminar. Todo ello a causa de que los grupos humanos no aceptamos (ni siquiera pensamos en ello) la idea de comunidad, sino que llevamos dentro, como un cáncer, la idea de dominar.

3. Anuncio que no sale en los periódicos: «Se necesitan pioneros de vida cristiana y, por tanto, de progreso humano»

La humanidad está destinada a formar una gran comunidad, tanto en el aspecto religioso, como hijos todos de un mismo Padre, como en el aspecto material, como beneficiarios de unos mismos bienes «comunales», y como trabajadores en la misma tarea.

Sin necesidad de ser profetas, se puede suponer con sobrada razón que esto todavía está muy lejos, y que no lo verá ninguno de los actuales vivientes.

Esta consideración es posible que induzca a algunos a desánimo, pensando que no vale la pena esforzarse en una cosa que no hemos de ver realizada.

Pero lo cierto es que cuando se llegue a ello, no será de repente y por una especie de explosión, sino avanzando paso a paso, y lo que se pide a cada generación no es que llegue al término, sino que avance el trecho que le corresponde.

Y también es cierto que cada avance que se produzca hacia la gran comunidad humana, no diferirá de la etapa final más que en el aspecto cuantitativo. Es decir, que algunas personas de buena voluntad siempre tienen al alcance de su mano el poder «saborear» aquella manera de vivir a que está destinada la humanidad por su Creador, si, [adelantándose] a su época, se ponen en las disposiciones internas y externas necesarias para ello, con lo que cubrirán un doble objetivo: poder vivir como Dios quiere, y hacer progresar a la humanidad por el camino correcto.

## COMUNIDADES PEQUEÑAS

## Y COMUNIDAD GRANDE

1. ¿Unidad en la que todos pensemos lo mismo? Es antihumano.

¡Colaboremos con los demás dentro de la diversidad!

El destino de la humanidad es formar una gran comunidad, tanto en lo ideológico, o religioso, como en lo material. Pero sus componentes no serán nunca algo unitario, sino diversificado.

Así como el cuerpo humano es imagen del Cuerpo Místico, en el sentido de que es UNO, pero compuesto de diversos órganos y funciones, así también puede el cuerpo humano ser imagen de la gran comunidad terrestre, que no podrá tener el sentido unitario e igualitario que pretenden los marxistas, sino que será un TODO orgánico, integrado por múltiples, pequeñas y medianas comunidades.

Esto, en realidad, ya ha existido siempre, pero de manera inadecuada. Queremos significar que antes y ahora la humanidad la integran unas comunidades medianas y pequeñas que se pelean constantemente unas con otras, a veces con las armas, otras con dinero o con palabras, calumnias y desprecio, y en todas las formas en que unas personas pueden perjudicar a otras.

Seguramente que la apariencia externa de la sociedad humana no diferirá esencialmente de la que presenta ahora. Pero el espíritu de oposición habrá cedido el paso al espíritu de colaboración.

2. Pequeñas comunidades con ansias de formar una universal; eso es lo cristiano y humano

La comunidad más pequeña es seguramente la familia, al menos en su etapa inicial, pues se construye a base de un hombre y una mujer. Si se considera como familia a todos los consanguíneos, puede hacerse bastante extensa, pero normalmente los lazos se aflojan cuando los parientes no habitan en la misma casa o no tienen relaciones profesionales.

Los inmuebles modernos, sobre todo en las ciudades, que albergan a numerosas familias, pueden constituir núcleos comunitarios, si los que los habitan están animados por este espíritu.

También los que trabajan en una misma tarea pueden unirse, no sólo en orden a sus reivindicaciones y mejoras, sino también en todos aquellos aspectos que puedan tender a estar más compenetrados y solidarios unos de otros.

Las familias campesinas pueden asimismo encontrar en la idea comunitaria una fuerza decisiva que les conduzca hacia su promoción social y humana.

Pero en todos los casos es indispensable que no se pierda nunca de vista el gran ideal de la comunidad universal. Poco se habría avanzado con una humanidad integrada por pequeñas comunidades cerradas, cada una cuidando exquisitamente de ella misma, y desentendiéndose olímpicamente de las demás.

3. El deseo de vida comunitaria debe nacer lentamente en nuestro interior. Toda otra cosa no vale

La idea de una comunidad universal no es ninguna novedad, y hace muchos siglos que filósofos y pensadores vienen escribiendo sobre ello. La última versión histórica nos la da el marxismo, representado principalmente por los países comunistas y satélites.

Lo cierto es que a base de convencimiento no se logró nada, y con el empleo de la fuerza y de la violencia se ha conseguido que una tercera parte del mundo esté hoy bajo el emblema de la hoz y el martillo. Nada se sabe con precisión sobre el estado de ánimo de los seres humanos que envejecen bajo el látigo comunista. Pero hay indicio más que suficientes para dudar de que «el pueblo» sienta el entusiasmo que daban por descontado los teorizantes de la comunidad universal sin Dios.

Los editores y redactores de este Almanaque están absolutamente seguros del fracaso más o menos próximo del marxismo, aunque creen que su apariencia como realidad histórica habrá sido altamente beneficiosa para acelerar el advenimiento de la comunidad universal según los designios de Dios.

En hojas anteriores se han indicado ciertas generalidades referentes a la idea comunitaria; en las hojas que siguen ya lo enfocaremos todo bajo la luz meridiana del mensaje evangélico.

COMUNIDAD Y COMUNIÓN

1. ¿Comunidad, impuesta por la violencia? ¿Esto ayuda al hombre a la promoción colectiva?

Puede afirmarse con toda seguridad que a todo lo largo y ancho de la historia los hombres siempre han deseado vivir en paz y buena armonía con los vecinos, bajo el signo de la justicia y de la verdad, respetándose y ayudándose mutuamente... Este ideal no ha pasado nunca de la categoría de ideal. Y muchas veces se han emprendido guerras, destrucciones y toda clase de violencias con el pretexto de que así se podría llegar a este ideal. Basta con echar una ojeada a la historia pasada y presente para percatarse de que no era éste el camino.

Y es que va una gran distancia entre lo que la mente y el corazón proponen en forma de deseos y lo que el hombre es capaz de realizar. Piénsese en el deseo que todos tenemos de ser muy ricos (disfrazado con unos y otros pretextos) y en el pequeñísimo número de los que lo consiguen. Un hombre normal puede cambiar de lugar una silla, pero no puede cambiar de lugar una montaña.

La vida de comunidad se ha deseado siempre, pero el hombre caído carece de la fuerza necesaria para realizar esta tarea.

2 Desengañémonos: el hombre, cuando va sin Cristo, no puede ceder la derecha al «hermano»

El egoísmo propio de nuestra naturaleza actual nos empuja constantemente a considerar «nuestras cosas» como las más importantes del mundo. A los demás los consideramos y los apreciamos en la medida que nos son útiles o agradables. Les damos un valor que podemos llamar instrumental. Les necesitamos para nuestra vida material y hasta para nuestra santificación.

Pero estas consideraciones están impregnadas de egoísmo, y a base de ellas no se puede construir una comunidad. A todo lo más que se puede llegar es a una sociedad humana como las que vemos a nuestro alrededor, en las que cada uno busca «sacar» al máximo y «meter» el mínimo. Desde la ONU hasta las relaciones del ama con la criada.

La comunidad es otra cosa. En la comunidad el «centro de interés» no puede ser mi YO, sino el YO ajeno. Lo importante no es que los otros lleguen a pensar como yo, sino que yo llegue a descubrir todo lo bueno que hay en el



pensar de los otros.

Ya se comprende que un cambio de actitud tan radical no puede operarse sin la intervención de algún elemento exterior al hombre.

3. Si Jesús vive al lado de dos obreros que se aman, el ideal comunitario se hace realidad

Únicamente Cristo, con todo lo que lleva consigo (que es el Infinito Trinitario) puede provocar este cambio radical en la naturaleza humana. Y no por mandato, ni por precepto, sino por «injerto».

Si el Señor me mandara desplazarme a la estrella Polar, yo no podría obedecerle porque ello está fuera de mis posibilidades. Ni Él puede mandármelo ni yo podría obedecerle. Pero si Él me propusiera ir a la estrella Polar con Él, dado que Él pondría los medios necesarios, entonces el panorama cambiaría completamente.

Algo análogo pasa con la idea de comunidad. No puedo desprenderme del peso de mi YO, ni puedo mirar a los demás como más importantes que yo.

Pero Él me injerta su Naturaleza en el Bautismo y además se sitúa en cada ser humano para recibir a través de ellos mi amor y mis servicios. El panorama ya no es el que era, sino todo lo contrario. Se ha transformado todo.

Podemos trasladarnos al mundo esplendoroso de la comunión. El ideal comunitario ya no es un ideal utópico, sino que se nos pone al alcance de la mano. Y va aún más allá de lo que habían podido soñar los hombres: la comunidad se convierte en comunión.

EL BAUTISMO

1. Porque nos hacemos los «vivos», vivimos mal y morimos peor. Somos unos muy listos burgueses

Con excesiva frecuencia se suele presentar el cristianismo como «una cosa» para morir bien y poder ir, de esta forma, al cielo. Como si su verdadero interés radicara en los moribundos y en los muertos.

Pero lo cierto es que el mensaje de Nuestro Señor Jesucristo no es para muertos sino para vivos. El objetivo central de la Redención, desde la Cruz del Viernes Santo, primero, no es que los hombres puedan morir bien sino para el bien vivir suyo.

Cierto, certísimo, que la muerte es un acto muy importante, pero como un acto todavía de vida. El último acto de la vida. En la parábola de los obreros contratados para trabajar en la viña algunos acudieron a la última hora, y recibieron su paga como los demás porque no habían podido ir antes; pero de aquí no se puede sacar la consecuencia de que el cristianismo hay que tomarlo en serio en la última hora, por no decir en el último minuto, cuando ya no se está en disposición para [tomar] nada en serio.

Las excepciones providenciales que se quieran presentar no pueden hacer otra cosa más que confirmar la regla.

En verdad que el cristianismo, más que como «una cosa» para bien morir, puede decirse que es para no morir.

2. Cristo no pasó sus trabajos para que descansáramos, sino para que tuviéramos «armas» para luchar

La vida «natural» que recibimos de nuestros padres (tanto si éstos son unos santos, como si son unos grandes pecadores) lleva consigo tres concupiscencias, que también se designan como los enemigos del alma: concupiscencia de los ojos (mundo), que nos empuja a poseer y a acaparar toda clase de bienes, resumido y englobado en el afán de dinero y de riqueza; concupiscencia de la carne, que nos incita a toda clase de goces sensibles; y soberbia de la vida (demonio), que nos seduce con la idea de ser como dioses, para que los demás nos adoren.

Este es el bagaje con que TODOS llegamos al mundo, adscrito a nuestra propia naturaleza.

Y no cuesta nada darse cuenta de que ahí radica precisamente el gran impedimento para que las diversas sociedades humanas puedan vivir el ideal comunitario. Estas tres concupiscencias no son solamente los enemigos de las almas individuales, sino que son también los enemigos de la comunidad de los hombres en sus diversos conjuntos.

La Redención operada por Jesús, el Verbo encarnado, no consistió en eliminar estos tres enemigos, sino en proporcionarnos los medios y las armas para luchar con ellos y vencerlos. Esta lucha constituye precisamente la grandiosa epopeya del cristianismo en su conjunto y de cada cristiano en particular.

3. Cuando llevo a mi hijo a bautizar hago para él lo más trascendental: contribuyo a su eterna felicidad. ¿Lo creo?

El momento culminante de la vida humana no es ya la muerte «natural» sino el nacimiento sobrenatural.

Para el hombre animalizado, todo termina con la muerte. Para el hombre cristificado todo empieza con el Bautismo, para no terminar jamás.

El Bautismo abre las puertas del cielo, para poder gozar en él de la misma gloria divina, formando comunidad con la Comunidad Perfecta; integrada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Pero antes de entrar en la Iglesia triunfante hay que pasar y hacer el «noviciado» en la Iglesia militante, que es la que nos bautiza.

El haber recibido el Bautismo no basta para poder entrar en la gloria divina si se sobrevive después de haberlo recibido. Los que mueren poco después de ser bautizados ciertamente que su destino seguro es el cielo, y por esta consideración se adelantó la administración de este Sacramento, que al principio sólo recibían los adultos.

El intervalo que media entre la muerte física y el Bautismo, lleno de altos y bajos de caídas y de elevaciones, es el que va tejiendo, día a día y hora a hora, la tela con que nos cubriremos a la hora de rendir cuentas.

**LAS PROMESAS DEL BAUTISMO**

1. El Bautismo nos hace hermanos de Cristo, divinizados con él. Si los obreros quisiéramos explotar esto...

El Bautismo cristiano es una «ganga» inaudita, inconcebible, descomunal..., que deja muy atrás a todas las «gangas» juntas, tanto las que hayan existido como las que se puedan imaginar.

¡Lo asombroso! El bautizado no solamente es hijo de Dios en el sentido de que todo lo creado es hijo de su poder creador, sino hijos cuanto participamos de su propia naturaleza divina, por la unión con Cristo que nos da este Sacramento al introducirnos en el Cuerpo Místico.

Hijos de Dios y herederos de su Gloria. Ningún filósofo hubiera podido soñar nunca en un destino tan fabuloso para el ser humano.

Pero da la impresión de que a esto se le da muy poca importancia.

Da la impresión de que se bautiza a los niños solamente para que puedan ir al cielo en caso de muerte prematura, y casi nada más. Para los adultos el ir al cielo ya dependerá principalmente de que tenga un sacerdote a su alcance a la hora de la muerte.

¿No hemos minimizado todo esto de una manera tremenda, desaforada? ¿El pensar casi únicamente en el «bien morir», no nos habrá llevado a quitar importancia al sacramento que nos introduce en la verdadera Vida?

2. Sólo cuando un cristiano es fiel al Bautismo gusta de luchar por la libertad y la justicia

El Bautismo nos redime de la esclavitud del pecado y nos introduce en la libertad santa de los hijos de Dios. Es el sacramento de la liberación y de la libertad. San Pablo nos precisará con palabras lapidarias que Jesucristo nos libertó para la libertad.

Así, la Iglesia impone que no se bautice a nadie que no acepte el Sacramento con plena libertad, y no se puede bautizar ningún infante contra la voluntad de sus padres. No se puede acceder a la Libertad Plena (con mayúsculas) más que con plena libertad (con minúsculas).

Claro está que si este Sacramento no consistiera más que en el rito, con unas palabras en latín y unos gestos, la cosa verdaderamente tendría poca importancia. Lo importante no es lo que se ve, sino lo que no se ve. Ahí entra

de lleno la fe como elemento fundamental y básico, santo Tomás nos dirá rotundamente que la fe es anterior al Sacramento.

A primera vista esto parece un contrasentido, pues en el rito bautismal se pregunta al neófito qué quiere, y éste contesta que quiere la fe. La verdad es que no se puede pedir fe si no se tiene fe. Porque al que tiene se le dará...

3. Por la fidelidad a «mi» Bautismo vivo para la hermandad y el progreso de todos

En el Antiguo Testamento Yavé estableció su pacto con «un pueblo». En el Nuevo Testamento ya no hay pueblos ni razas; el «pacto» es individual y se renueva en cada Bautismo.

Ni las familias, ni los clanes, ni las ciudades y naciones, tienen poder ni facultad para pactar con Dios. Carecen de personalidad para esto. El Señor no reconoce personalidad para pactar más que a la persona humana, cualquiera que sea, pues Él sí que no hace ninguna acepción de personas.

Ninguna familia humana puede pretender (en cuanto humana) ser familia de Dios. Ni ningún clan humano, ni ninguna ciudad ni nación humanas pueden ser clan de Dios, ni ciudad ni nación de Dios.

Pero los que reciben la Palabra de Dios y la practican, éstos son la madre, los hermanos, la familia, el clan, la ciudad, la nación... del Señor, que son precisamente los bautizados que perseveran fieles a las promesas de su Bautismo.

En el «renacer» por el agua y el Espíritu (de que hablaba el Señor a Nicodemo) no hay ni siquiera mellizos. De uno en uno; absolutamente personal.

Y lo paradójico es que este principio no conduce al individualismo, ni al solitarismo, sino al polo opuesto: a la comunidad, a la comunión.

4. El Bautismo nos introduce en lo más paradójico de la vida humana; renunciando, nos hace propietarios

Se llama pacto a un acto por el cual los que lo contraen se obligan entre ellos,

mediante ciertas estipulaciones que precisan la naturaleza y la extensión del pacto.

¿Qué clase de pacto es el Bautismo?

Desde luego, puede afirmarse que es diferente de todos los pactos que puedan establecerse entre personas humanas, tanto en lo que se refiere a la naturaleza del pacto, como a su extensión.

Ello es evidente. Por su naturaleza, el pacto bautismal se establece entre la Santísima Trinidad y una criatura humana. Todos los pactos humanos no pueden salir de su condición de humanos, pues se realizan siempre entre hombres, o grupos de hombres. Cuando en ciertos pactos, como el matrimonio cristiano, hay «algo» sobrenatural y divino, es porque antes los contrayentes pasaron por el pacto bautismal.

Todos los pactos humanos son documentos extensos que precisan y determinan con la máxima precisión sus límites, pues todos ellos no pueden dejar de ser limitados. En cambio, el pacto bautismal es tan amplio tan extenso, que no es menester hacer ningún documento ni escribir nada. Con una palabra hay bastante. El hombre renuncia a TODO, y la Santísima Trinidad da TODO al bautizado en la medida que éste lo acepte y esté en condiciones de recibirlo.

5. Yo, la gran maravilla de Dios, puedo ir a él, si quiero, por Amor. No hay otro camino

El Señor pudo crearnos (o transformarnos, en el Bautismo) de manera que todo lo hiciéramos virtuosamente, sin conflicto con las concupiscencias. Que fuéramos «buenos, por instinto», por necesidad. Algo parecido a las abejas, que por necesidad hacen perfectamente los panales y la miel.

Pero esto tendría muy poca gracia, comparado con la realidad maravillosa del hombre, tal como es.

Uno de los atributos esenciales del Señor es su poder, su omnipotencia. Con tal poder, pudo hacernos buenos y santos por fuerza, como se indicaba antes.

Pero en el Dios Trino existe otro atributo que lo preside todo, y es el Amor.

En todo cuanto existe se manifiesta de manera esplendorosa el poder de Dios, menos en el ser humano, dotado de libertad. Libertad que nos da «poderes» terribles, tales como escupir al Creador y blasfemarle.

Lo maravilloso es darse cuenta de cómo y hasta qué punto el Señor respeta esta libertad del hombre. Porque quiere que el hombre vaya a El libremente y por amor, y no con cadenas, o bozales, o coacciones.

Nuestro Señor Jesucristo en su mensaje y en su vida nunca obliga ni coacciona a nadie. Siempre, siempre, siempre, va diciendo a cada uno: Si quieres...

Esto da el vértigo.

6. Si mi vida no arde por la bondad, por la belleza, por la justicia, soy un traidor a mi bautismo

Desde hace cerca de dos mil años los hombres disponemos de la posibilidad de aceptar la propuesta del Señor cuando nos dice Si quieres o de rehusarla. O de desconocerla.

Cuando se considera la multitud innumerable de seres humanos que en estos veinte siglos han vivido y viven y mueren sin tener siquiera idea de la Redención, se comprende, por una parte, el gran beneficio que es el haber podido conocer y amar a Cristo, y, por otra parte, la gran responsabilidad en que incurrimos si nos guardamos egoístamente este tesoro enterrándolo para nosotros solos, sin comunicarlo a los que están en las tinieblas de la ignorancia.

Cuando uno se percata (más o menos) de la trascendencia histórica de la Encarnación y de la Redención, y siente sobre sí la propuesta que el Señor hace constantemente: Si quieres... va llegando el momento supremo en el uso de la propia libertad: hay que decir SÍ, o hay que decir NO.

La conversión de vida empieza exactamente en el momento en que uno le dice SÍ al Señor, con conciencia suficiente de lo que este SÍ significa, y a lo que se compromete. Para el Bautismo de adultos este SÍ es indispensable para recibir el sacramento. Para los bautizados recién nacidos este SÍ es indispensable cuando están en edad para hacerlo con plena responsabilidad de sus actos.

7. Ser cristiano..., eso que nos han hecho tragar que sólo es apto para mujeres, niños... y moribundos

¿Qué se promete en el Bautismo?

En el evangelio, el Señor nos propone un trato: El que quiera ser de los míos (ser cristiano), niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.

El aceptar esto es la parte que corresponde al neófito en el acto bautismal. En la medida que lo cumpla consistirá su fidelidad. Es «fiel» el que cumple sus promesas; es «infiel» el que no las cumple.

Cuando en el Sábado Santo se renuevan públicamente las promesas del Bautismo, la fórmula que se usa es: Renuncio a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y se recita el Credo.

Parece que no son pocos los que no se percatan de la trascendencia tremenda de esta fórmula. Parece que basta con recitarla en voz alta y... ¡ya está! Ya se han renovado las promesas del Bautismo. No hay que hacer nada más, y a vivir como todo el mundo. Ya se ha cumplido con lo que está mandado. ¡Ah! Si todos fueran tan cumplidores como yo... pensamos muchos de los que nos ufamamos de ser «practicantes».

Ciertamente, el renovar las promesas del Bautismo no es un acto banal, como de «relleno» dentro de unas ceremonias muy bonitas. No solamente es el acto más serio de la vida sino que es el único acto serio de la vida, ya que toda la seriedad de los demás actos serios (trascendentes) depende de la seriedad con que uno se toma su SER CRISTIANO.

8. Porque gran número de cristianos nos hemos quedado sólo con las palabras de Cristo, la clase trabajadora no puede vivir en él

Renunciar a Satanás, a sus pompas y a sus obras, equivale exactamente a negarse a uno mismo, tomar la propia cruz y seguir a Jesucristo.

Esto no es una fórmula mágica que basta con recitarla una vez al año en un lugar determinado para que surta su efecto, sino que representa el dejar de vivir una vida mundana para vivir en una vida divina.

Es un cambio total de vida. Es algo grandioso y casi inconcebible, pero terriblemente real.

Cuando un hombre y una mujer se casan, todo el pacto consiste en decirse SÍ mutuamente. Una sola sílaba, sencillísima de pronunciar, pero que presupone un cambio total de vida para los que la pronuncian. No son las palabras lo que cuenta, ya que no puede haber menos palabras; lo que cuenta es la fidelidad al pacto establecido por medio de la palabra.



En virtud del SÍ pronunciado, el hombre y la mujer ya no se pertenecen a ellos mismos, como hasta entonces, sino que cada uno pasa a pertenecer al otro. El cambio de vida y de perspectivas que arrastra consigo el decir este SÍ es enorme.

Pues bien: el dar el SÍ a Jesucristo es de una trascendencia y de unas consecuencias infinitamente superiores.

## DEL TODO

1. En la incorporación a Cristo (y, por tanto, a la comunidad) las medias tintas son más nefastas que la nulidad. Ésta puede conducir a «algo»

Cuando un hombre y una mujer se casan, se entregan el uno al otro del todo. No hay salvedades, tales como mientras conserve buen genio, mientras no contraiga enfermedad crónica, etc. Nada de esto. Son uno del otro y para el otro, pase lo que pase, y venga lo que viniere. Aun en el caso de que uno, o ambos, traicionen sus compromisos, siguen siendo el uno del otro y para el otro mientras ambos vivan y no pueden contraer nuevas nupcias.

Esto es muy serio. Haría reír el pensar solamente que en la ceremonia de la boda, cuando el sacerdote pregunta a Fulanita si promete fidelidad a Fulanito, contestara que SI, menos los sábados por la noche, pues tenía un «compromiso» anterior y tenía que tener libres estas horas para poder atenderlo. Parece que ningún varón medianamente decente podría aceptar un compromiso matrimonial así Y desde luego, la Iglesia no podría bendecirlo.

Pues si en el pacto matrimonial (que al fin y al cabo es un pacto entre personas humanas) es normal que no se acepte una donación mutua que no lo sea del todo, ¿qué diremos cuando el pacto es entre una criatura humana y su Creador?

2. Jesús: ¡cuántos intereses «creados» en mi vida! Que me niegue, que te siga. Totalmente. Sólo así, mis hermanos te verán

La propuesta de unión que hace el Señor a cada persona humana puede expresarse así, utilizando sus propias palabras:

—Si me amas, el Padre y Yo también te amaremos, y vendremos y haremos en ti nuestra morada mediante la Gracia, de manera que nuestra Vida será la

tuya, y no con medida, sino Vida abundante. Tú demostrarás que me amas, no sólo con palabras de amor, sino negándote a ti mismo, tomando tu cruz y siguiéndome.

Este trato no admite chalaneos, ni estira y afloja, como un trato de gitanos; no. O se acepta del todo, o se rehúsa del todo.

Ya sabemos que en nuestra vida todos tenemos compromisos, situaciones que hay que atender, y cualquier modificación que introduzcamos en nuestra vida ha de pesarse muy bien para que no lesione ni perjudique otros aspectos de la misma. Esta es una manera muy prudente de vivir humanamente.

Pero no se trata de esto, en este caso. En este caso todo es diferente, porque el trato se hace con el Señor. Y no es ni siquiera imaginable el pretender que el Señor se adapte a «nuestras cosas»; son nuestras cosas las que han de adaptarse al Señor, y no un poco sino del todo. Este el único sacrificio aceptable en la Ley Nueva.

3. Porque rezamos mucho y no oramos (no conversamos) con Jesús, nuestra vivencia cristiana es tan raquíta. ¡Qué asco!

El SER cristiano no es (no puede ser) una cosa más en nuestro vivir, como el ser carpintero, ser vecino de tal localidad, ser atleta, ser padre de familia, ser aficionado al ajedrez... que todo se compagina y a todo se destinan sus días, sus horas, o sus ratitos.

No se puede ser como las demás personas decentes y además ser cristiano en ciertos tiempos y lugares determinados. Es blasfemo pretender que una cosa es la religión y otra el negocio, o el deporte, o lo que sea. La religión o lo es todo, o no es nada.

El Señor no puede aceptar un trato en el que, poco más o menos, le propongamos:

—Acepto que la Trinidad Beatísima more en mí mediante la Gracia, y a cambio de esto yo recitaré cada mañana mi ofrecimiento de obras, después recitaré al mediodía y por la noche la bendición de la mesa, recitaré todas las noches el Santo Rosario y las oraciones de antes de acostarse, y los domingos y fiestas de guardar asistiré a la misa, y comulgaré incluso, recitando todas las oraciones que haga falta. Fuera de esto yo iré por mi cuenta, sin matar, ni robar, ni adular, por supuesto.

¿Puede pensarse que la Santísima Trinidad acepte este trato como válido?

## MUERTE Y VIDA

1. Porque queremos vivir (a pesar de todas las protestas) una succulenta vidaza, existimos muertos a todo lo bello y noble

Se llama agonía al tiempo más o menos largo que precede a la muerte.

Se procura que los agonizantes no sufran, que encuentren una posición cómoda, dándoles todos los gustos posibles, no contrariándoles en nada, todos pendientes de sus palabras y deseos.

Si queremos encontrar con exactitud el momento en que empieza la agonía, tenemos que llegar a la conclusión de que la agonía de cada hombre empieza en el momento de nacer.

Y es curioso observar que el hombre no cristificado, ordinariamente encuentra su ideal de vida (!) en ser tratado como agonizante: que se le den todos los gustos y todos estén pendientes de él, alcanzar una buena posición, que no se le contraríe para nada...

No es ninguna exageración ni ninguna paradoja el afirmar que esta tierra es un planeta habitado por agonizantes.

Hasta que el Verbo se hizo carne y trajo a los hombres la Vida con mayúscula.

¿Qué hay que hacer para salir de la agonía existencial, y entrar en la Vida?

Aceptando la muerte mística bautismal, no sólo como un rito que no compromete casi a nada, sino con todas sus consecuencias.

2. Cuando Cristo se posesiona de nosotros, hacemos como los demás, aparentemente. Pero ya somos otros. Aunque los otros no lo vean

¿Qué es la muerte mística?

No es más que la primera condición que el Señor nos pone para poder ser «de los suyos»: negarse a sí mismo. No es más que lo que «decimos» al renovar las promesas del Bautismo: Renunciar a Satanás, a sus pompas y a sus obras.

El que ha muerto místicamente hace las mismas cosas que los de la agonía permanente: va y viene, trabaja y descansa, duerme y vela... Parece que todo sigue igual que antes y que no se diferencia en nada de los demás.

No ha cambiado el hacer; lo que ha cambiado radicalmente es el ser.

San Pablo nos lo precisará con frase lapidaria: Vivo yo, pero no soy yo quien vive, sino Cristo el que vive en mí.

El que ha muerto y resucitado místicamente con Cristo mediante el Bautismo, ya no quiere pensar, hablar y obrar por su cuenta (como los agonizantes) sino que todo su afán se centra en pensar, hablar y obrar como Cristo lo hizo en su vida mortal.

Esta pretensión sería ridícula si el hombre no contara más que con sus propias fuerzas humanas, y no podría pasar de ser una triste parodia, pero ahí está el milagro de la Gracia, que llena con Vida divina todo lo que no se ha vaciado de vida humana, al negarse el hombre a sí mismo, y al renunciar a Satanás, a sus pompas y a sus obras.

3. En la vida encontramos presiones y coacciones. Sólo Dios nos acepta con dulzura y benignidad. ¿Hasta cuándo viviremos embobados?

Seguramente que hoy (como hizo con la Samaritana) el Señor nos podría decir a muchos bautizados: ¡Ah! si conocieras el don de Dios...

El maravilloso don de Dios que no nos obliga ni nos fuerza nunca, sino que siempre se supedita a nuestro amor. Siempre lleva por delante el si quieres...

Cuando uno centra su atención en estas cosas, todo aparece clarísimo, y uno quisiera olvidarse de sí mismo para sumergirse plenamente en la divinidad.

Pero, ¡ay!, que la muerte mística coexiste con la vida física y con todo lo que nos rodea, y de pronto se encuentra con que tiene hambre, o con que hace falta dinero para pagar una factura, o con que hay que atender a ciertos convencionalismos sociales para no «desmerecer» en la posición que uno ocupa (las eternas tres tentaciones del Señor en el desierto), y como se trata de necesidades y de compromisos que hay que atender, nos lanzamos a ello olvidándonos de todo lo de arriba. Mientras miramos arriba todo es claro y diáfano, pero en cuanto miramos al suelo...

En esta doble mirada se centra el grandioso drama humano.

## EL DON DE DIOS

1. Más papistas que el Papa, quisiéramos conquistar a los demás, por real decreto. Y seguimos sin ver la mansedumbre de Jesús

El don de Dios en la Creación reside en sus bellezas y perfecciones, como pálido reflejo de la belleza y perfección del Creador.

El don de Dios en el hombre consiste en Dios que se da a sí mismo, en Cristo y por Cristo.

Seguramente que si se nos diera a escoger cuál de los atributos divinos desearíamos recibir con la Gracia, sentiríamos una gran predisposición por el poder. Disponer de la materia y de la energía, de los acontecimientos y de las voluntades... ¡qué felices seríamos! Y no para nada malo, no; todo lo contrario: para que todos los hombres fueran buenos y todos se salvaran. ¡Qué fácil, bonito y sencillo sería todo, entonces!

Y no es que el Señor no comunique su poder al hombre; ¡claro que lo comunica, y en medida asombrosa! Lo que pasa es que el poder de Dios solamente pueden recibirlo los que previamente se han puesto a los pies de los demás para servirlos. Así como el Padre comunicaba TODO su poder al Hijo, hecho hombre, como nosotros, porque no vino a dominar a la manera humana, ni a ser servido, sino a servir.

Esto es maravillosamente sublime. ¿Quién lo hubiera podido sospechar nunca?

2. Si conviviéramos «entre» los hermanos, ¡cómo cambiarían las cosas! Pero los amamos de palabra y de lejos

El don fundamental que la divinidad comunica al hombre a partir de la Gracia bautismal es su Caridad trinitaria; el Amor divino que realiza el milagro de que, por el Amor, tres Personas distintas son un solo Dios verdadero.

Este Amor es inasequible al hombre. No solamente somos absolutamente incapaces de realizarlo sino que ni siquiera podíamos imaginarlo. Véase, si no, cuanto habían imaginado y escrito los filósofos y pensadores extraordinarios que existieron antes de Jesús, y en ninguna parte puede hallarse nada que se le parezca.

Este Amor ni se podía explicar ni se podía mandar. Por esto, en el Antiguo Testamento no se trataba nunca de él, aunque algunos pretendan encontrar palabras y frases que de manera velada y enigmática podrían referirse a él.

Este amor solamente se podía manifestar y se podía comunicar en un exceso de poder y de generosidad por parte de la Trinidad Beatísima.

Para manifestarlo, el Verbo se hizo carne como uno de nosotros (excepto en la culpa) y toda su Vida, su Muerte y su Resurrección y Ascensión fue manifestación constante de aquel Amor divino inimaginable. Y para comunicarlo habitó entre nosotros y sigue presente entre nosotros.

3. Nos afanamos buscando a Dios. Es un pretexto para no encontrarlo. Lo tenemos dentro de nosotros y cara a cara

El don de Dios al hombre es el mismo Dios que se da a Sí mismo en la Persona del Verbo hecho hombre: Jesucristo. Por Él recibimos Gracia por Gracia..., si queremos.

En virtud de los méritos de Jesucristo en su Encarnación y la Redención, y sin que los hombres por nuestra parte hiciéramos otra cosa que clavarle en un madero, los que acepten el Bautismo (siempre el si quieres...) quedamos limpios de la mancha original y dejamos de ser «enemigos» de Dios.

Esto, con ser muchísimo, no es bastante para su generosidad, ya que por el mismo Bautismo que nos «lava» nos eleva hasta Él. Nos comunica su Naturaleza para que nos sea posible cumplir con su único mandamiento: El Amor.

Claro está que cualquier forma de amor humano no puede pasar de esto: de humano. Y he aquí que para que podamos entrar en el circuito del Amor divino, Cristo se hace presente en el amante mediante la Gracia bautismal, y se hace presente en el prójimo (cualquiera que éste sea, y cuanto más desgraciado, mejor) para recibir a través de él nuestro amor... o nuestro desamor.

El don de Dios no está aquí, o allí; está en todas partes..., si queremos.

## LA DIVINA «INVASIÓN»

1. ¿Se enteraron los habitantes de Belén de lo que allí sucedió? ¿Y nosotros?

Las historias están llenas de acontecimientos que se tienen por importantes. Pero hay uno ante el cual todos pierden categoría. Se dio una sola vez y no podrá repetirse, ni hace falta, porque no fue un hecho pasado, sino que permanece.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, la Santísima Trinidad irrumpió personalmente en la historia humana, hace más de mil novecientos años.

Puede hablarse de una auténtica «invasión», aunque alguien crea que esta palabra no es apropiada. Es apropiada, no por analogía con las invasiones y las conquistas puramente humanas, sino por su contradicción con las mismas.

Las invasiones humanas van precedidas de un aparatoso despliegue de fuerzas materiales, mientras que la «invasión» de la divinidad se preparó y se empezó de la manera más recatada e imperceptible en el lugar y entre las personas menos «espectaculares» que pueda imaginarse.

Los invasores humanos no pierden modo ni manera para sojuzgar, dominar y someter a los invadidos, con toda la violencia que haga falta. El divino «invasor» no empleó más estrategia que el Amor, siendo sus únicas armas la humildad y la mansedumbre.

La victoria de cualquier invasión humana se consuma cuando el «capitoste» es elevado al solio del país invadido. La victoria del «invasor» divino quedó consumada («consummatum est») cuando expiró en el patíbulo más afrentoso.

Todavía no hemos podido volver en sí de nuestro asombro.

2. ¡Mira que lo que se relaciona con Cristo es «enigmático»! Y nosotros, naturalmente, buscamos una «salida» natural

El «invasor» divino afirmó categóricamente: Yo he vencido al mundo.

Si el Hombre-Dios no hubiera sido más que un hombre-hombre, esta frase hubiera sido de un ridículo espantoso. Pero siendo verdadero Dios, la cosa no podía ir de otra manera, ya que en este caso lo ridículo sería la simple suposición de que Dios pueda ser vencido por el mundo, en cualquier terreno.

En verdad que un Dios así no podría ser verdadero Dios.

La historia, esta gran maestra, nos demuestra claramente la verdad de esta afirmación del Señor, ya que lo que la historia nos cuenta no es más que una lista larguísima de los fracasos de todo lo que el mundo ha emprendido sin Cristo. Y nada digamos de lo que ha emprendido contra Cristo.

Y es curioso observar que casi todo lo que se emprende sin Cristo o contra Cristo empieza con éxitos más o menos deslumbradores, pero después de cierto tiempo se hunde por su falta de consistencia. En cambio, lo que se emprende con Cristo y por Cristo suele tener unos principios que no presagian nada bueno: contradicciones, dificultades, incomprensiones... por todas partes, hasta de las más impensadas. Pero en el momento en que menos nos lo imaginamos, el éxito. Lo mismo, lo mismo que pasó con la Vida, Muerte y Resurrección del Salvador... y Vencedor.

3. Jesús: dame luz para querer quedar vencido a tus pies. Sólo así podré lavar los de mis hermanos

El mundo está vencido por Cristo, según nos afirma la fe y nos confirma la historia.

El que no está vencido es el que escribe estas hojas, ni el que las lee, ni el vecino de al lado, ni ninguno de los vivientes. Individualmente, cada uno de nosotros podemos negar y traicionar a Cristo, como Judas. ¡Triste privilegio de nuestra libertad!

Aquí está la gran paradoja: la única victoria auténtica, real y verdadera para el hombre es la de entregarse, vencido sin condiciones, a los pies del Crucificado. El que quiera salvar su vida de agonizante, la perderá; y el que renuncie (a Satanás, a sus pompas y a sus obras) hallará la Vida plena: la Vida de la Santísima Trinidad. Palabra del Señor.

Y he aquí que el Invasor divino parece que ni en su mensaje ni en su Providencia se preocupa demasiado del mundo. ¿Para qué, si ya está vencido? Todos los desórdenes y calamidades de que somos testigos no hacen más que ir confirmando que fuera de Él ni hay paz, ni justicia, ni nada bueno, ni nada bello.

Lo que El busca, tanto en su mensaje como en su Providencia amorosa y paciente, es al hombre. A cada hombre en particular, sea lo que sea en categoría: todos somos hijos pródigos suyos.



4. Es todo un panorama negro. Yo me quedo con un Cristo rosado, planchado, perfumado. ¡Pero la clase obrera, ausente!

Los «invasores» a lo humano se preocupan de mantener bajo su dominio al país invadido, de manera que todo se haga según sus normas y preceptos, empleando para ello todas las formas de la violencia y del soborno. En cuanto a los individuos, cuidan de que estén bajo la presión del terror (o del temor, cuando menos) al tiempo que les ofrecen toda clase de «gangas» si se hacen cómplices del invasor.

¡Qué contraste tan categórico ofrece este panorama, con el que nos presenta la «invasión» divina!

El mundo (vencido, no lo olvidemos) hace lo que le da la gana hasta el punto que muchos dicen que está dejado de la mano de Dios. Los hombres (cada hombre), haciendo lo que se les antoja, sin que el Gran Vencedor les pida nunca cuenta inmediata de nada. Y a los «invadidos» que acepten pasarse a su bando les ofrece las «gangas» siguientes: seréis maltratados, calumniados, perseguidos y hasta os matarán, creyendo que hacen una buena obra.

Son muchos, seguramente, los creyentes que desearían que apareciera más patente (a sus ojos carnales) la acción del Señor en la historia; que los conflictos gordos del mundo se arreglaran por intercesiones celestiales, que los «malos» recibieran en seguida su castigo y los «buenos» palparan en el acto su recompensa.

Pero, afortunadamente, el Señor no piensa como nosotros.

5. Día vendrá que los obreros llenaremos los templos. Y el amor sonreirá. Y las etiquetas caerán

El «Invasor divino» implantó su Reino (que no es de este mundo, sino que es el Reino del Amor Trinitario) en este mundo vencido, mundo de agonizantes, y sin ser de este mundo, en él continúa y continuará hasta el fin de los tiempos.

La característica del Reino no es el dominio, ni la coacción, ni siquiera la democracia, sino el Amor. Todas las victorias de Cristo son victorias de Amor. Y si no son victorias de Amor, no son victorias de Cristo, a pesar de todas las apariencias y de todas las etiquetas con que se quieran camuflar.

¡La invasión del Amor!

Hay los que no se han dado cuenta, que siguen su «agonía», dedicados principalmente, como los agonizantes, a encontrar una buena posición, que desemboca necesariamente en la «muerte total».

Hay los que piensan solamente con la cabeza, y caen como moscas en la angustia (agonía) existencialista. También éstos contribuyen a la victoria del Gran Vencedor... a pesar suyo.

Y hay los que han encontrado (más o menos) el Amor. Y se han rendido. Los que se han dado cuenta de que su Bautismo no fue sólo un pretexto para una «chocolatada», sino algo muy serio. Lo más serio. Lo único serio. Por ser así de serio, resulta que es la única puerta para entrar en la Perfecta Alegría.

6. El Amor lo es todo: la esposa, los hijos, el patrón, la máquina, el clavel, los negros, los enemigos

Para quien es consciente de su Bautismo, el Amor lo invade todo. Invasión total.

Al salir de la agonía y entrar en la Vida divina, todo el universo se hace armonioso y amable. Todo. Hasta el pecado, en cierta manera. Y se comprende que haya mayor alegría en el cielo por un pecador que ha hecho penitencia que por los otros noventa y nueve... Aunque, ¡cuidado con esto, que nos puede llevar a conclusiones blasfemas!

El «vencido por Cristo» se halla exactamente en el Camino del Amor, ya que el Amor es el Camino. Todo su vivir quiere ser un vivir de Amor y para el Amor.

Y los demás hombres se le convierten en Jesucristo vivo. Todos. Tanto más intensamente cuanto más próximos y más necesitados y abatidos.

Y se entra en armonía con toda la creación, que antes era hostil. Puede entonar a pleno pulmón, el «Himno al Sol», con el Pobrecito de Asís.

Se percata de que, verdaderamente, el Amor está en todo y en todas partes; lo ha invadido todo.

El mismo universo y la misma humanidad son una explosión de Amor para el que vive su Bautismo, y son un absurdo y una cosa abominable para quien no se ha rendido a Jesucristo.

¡La maravilla de la divina «invasión»!

## LOS QUE NO TIENEN NADA Y LO POSEEN TODO

1. Eso del cristianismo (el auténtico, el único) es raro. No tener nada y tener todo. ¡Que me borren!

Uno de los más extraordinarios «vencidos» por Cristo, el Apóstol Pablo, describe así su situación: ...se nos tiene por impostores, aunque somos veraces; como a desconocidos, con todo y que somos bien conocidos; como a punto de morir, aunque de hecho aún vivimos; como a castigados, pero todavía no nos han muerto; como a afligidos, y siempre estamos contentos; como a miserables y enriquecemos a muchos; como a quienes no tienen nada y lo poseen todo.

Esta última frase es un resumen y compendio de las anteriores. El hombre más miserable y más desprovisto de todo, aún se tiene a sí mismo; pero el cristiano de verdad, el que se ha negado a sí mismo, ni a sí mismo se tiene. Y si no se tiene a sí mismo, ¿cómo podrá tener nada exterior a él?

Y he aquí que esta situación, que parece la más triste y miserable a que se puede llegar, resulta que es indispensable para poderse encontrar la situación más exuberante y grandiosa que nunca se pudo imaginar: poseerlo todo, poseer la divinidad.

Porque esto fue y es el trato bautismal. Cada vez que lo queremos «arreglar», lo estropeamos. ¡Qué bien ilustra esto san Pablo, en su segunda Carta a los de Corinto, capítulo cuarto!

2. Éste es un mundo de mendigos tras el bocado que apetece. El que se da a sí mismo, éste posee a Cristo

Aquí está el gran secreto del Amor sobrenatural; se posee en la medida en que se da. Sublime paradoja.

Si Jesús no nos hubiera amado primero con este Amor divino, que únicamente Él pudo traer del cielo a la tierra, los hombres seríamos incapaces no sólo de amar así, ya que no podríamos entenderlo, sino ni siquiera de imaginarlo.

Pero el Amor suyo cae como una avalancha sobre todos nosotros, y con aquella gran voz con que expiró sigue clamando sin cesar pidiendo «correspondencia». ¿Pero cómo podemos, los miserables mortales, corresponder a un amor así? Para ello nos haría falta otra naturaleza. Bien lo sabe El, y para ello nos da esta segunda naturaleza, con la Gracia bautismal.

Él nos invita constantemente con su eterno si quieres... Cuando se le responde: ¡Claro que quiero! Pero no puedo... Él podría decirnos: No te pregunto si puedes, sino si quieres; la libertad que te di no es para «poder» sino para «querer». Si en verdad me quieres yo te daré el «poder», que sigue estando en mis manos.

El que quiere a Cristo, y además quiere otras cosas, no ha entendido el «trato» bautismal.

Hay que renunciar a todo, empezando por lo más costoso, que es negarse a sí mismo para poseerlo todo.

3. La vida sobrenatural cambia la perspectiva de lo natural, dándole densidad y altura. Hasta en lo más íntimo

Parece una cosa muy dura esta exigencia del Señor, de que renunciemos a todo, empezando por negarnos a nosotros mismos. Renunciar a la familia, a las amistades, a todas las cosas bellas y amables a las cuales tenemos afecto... Parece que una decisión así ha de hacer del cristiano el paria más paria de todos los parias.

Pero esto no es más que una apariencia, ya que cuando uno ha renunciado a todo por Cristo, empezando por negarse a sí mismo, el Señor nos lo devuelve todo transmutado. El que se negó a sí mismo, se encuentra con que sigue viviendo, pero con Cristo en él.

El menguado amor humano a familiares, a amigos, a «cosas»... se hace de otro orden, se hace divino. Se ama con Cristo, como Cristo (Mandamiento Nuevo), a los familiares, a los amigos, a todo.

Ahí está el Reino de Dios, Reino de Paz, de Justicia, de Amor de Verdad.

Cuando se han comprendido suficientemente estas cosas y se han

«paladeado» un poco, por poco que sea, sería cosa de locos no aceptar este trato tan fantástico que nos hace el Señor.

Pero una cosa es aceptarle en los momentos de lucidez, y otra cosa es vivirlo veinticuatro horas cada día. Deseo negarme a mí mismo, morir a todo lo que no es Cristo, pero... sigo viviendo físicamente, y si la Vida sobrenatural tiende a lo alto, la vida natural me arrastra hacia abajo. Esto es el drama permanente del cristiano. Con sus grandezas y sus miserias.

## ¿Y LA COMUNIDAD?

1. Por no construir la vida obrera cristiana sobre sólidos cimientos nos convertimos en bufones sentimentales

En la portada y en las primeras hojas de este Almanaque se presentaba el año 1963 como el AÑO DE LA COMUNIDAD, con la intención de que este aspecto de la vida cristiana obtuviera una atención especial.

Ha pasado la primera mitad del año y las referencias a lo comunitario han sido cada vez más escasas. Parece que nos hemos desviado del tema. Pero esto no es más que una apariencia; la realidad es que todo cuanto se ha indicado tiene una relación directa con nuestro tema.

Lo que se ha ido indicando en las hojas anteriores constituye el sólido punto de apoyo de la idea cristiana de «comunidad».

Empleando una imagen, podría decirse que las «hojas» anteriores son semillas de comunidad. Una semilla no es ni un árbol ni unos frutos, pero los contiene, de tal manera que no pueden existir ni el árbol ni los frutos si no existía previamente una semilla. Esto es verdad siempre, incluso cuando se trata de árboles injertados, ya que en tales casos son dos semillas las que entran en juego: la que originó la raíz y la que proporcionó las yemas del injerto. Pero siempre hemos de acudir a la semilla, o a varias, para saber a qué atenernos.

2. Mientras los obreros envidiemos a los «vivos» nuestra clase será muerta para su promoción y, por tanto, para Cristo

Se dice y se repite que el hombre es social por naturaleza, y ello es una verdad

evidente. Para empezar a existir es indispensable la acción de un hombre y una mujer, y durante bastantes años el que llega a este mundo necesita de otras personas para no perecer.

Incluso cuando se llega a la edad adulta todos necesitamos de los demás. Desgraciada de la persona humana que tuviera que resolver por sí sola todos sus problemas y cubrir sus necesidades.

Ante este estado de necesidad caben dos actitudes:

La actitud natural (que procede del fondo egoísta que todos llevamos dentro) y que puede formularse así: Tratar de «sacar» el máximo a los que conviven socialmente conmigo, procurando por todos los medios «darles» el mínimo. Y así, llamamos listos e inteligentes a los que consiguen este ideal (!), y torpes a los que dan más de lo que reciben de la sociedad. El resultado de esta actitud «natural» es la lucha de clases en todos sus aspectos y matices, que todos padecemos.

Esto es lo «natural» y lo vemos por todas partes, desde la ONU, donde todos van a «sacar» el máximo y a «meter» el mínimo, hasta la grandísima mayoría de los que contraen matrimonio, pasando por todo lo que se llama «relaciones humanas»: empresas, comercio, «tratos», etc.

La otra actitud es la sobrenatural, y ésta es la que empuja y conduce a la comunidad.

3. Por todas partes las gentes claman por la paz, y el eterno pacificador está solitario en el sagrario

El hombre es social a causa de la propia indigencia que hace que todos necesitemos de los demás. Junto con esto, el hombre es egoísta por naturaleza, y juntando estas dos cosas resulta la sociedad humana en que vivimos.

Los sociólogos de todos los tiempos (aunque antes no se llamasen así) han intentado encontrar la manera de «ordenar» la sociedad humana, dejando intactos el egoísmo y la «necesidad». Se han inventado sistemas jurídicos, métodos represivos, y todo lo más que se ha podido conseguir es que la gente no se asesine por la calle (excepto en contados casos) pero se lucha en todos los terrenos. Este fermento de lucha actúa sin cesar, y cuando ha alcanzado cierta dimensión, culmina en las grandes matanzas colectivas, que cada vez se van «perfeccionando» más.

Esto es lo que da de sí la sociedad humana «natural». Ha habido muchos intentos para arreglarlo, y muchos de ellos parecieron tener éxito durante cierto tiempo, pero más tarde o más temprano, se vuelve siempre a las andadas: minúsculas y pequeñas luchas incesantes, y grandes luchas de vez en cuando. Las perspectivas que tenemos ante nuestros ojos no hacen presumir que las cosas mejoren a base de los adelantos técnicos, sino todo lo contrario.

## EL CIELO

1. Amor, Amor, la gran palabra profanada. ¡Obreros de todo el mundo, conozcamos y amémonos en Cristo!

La comunidad perfecta es la que forman entre sí el Padre con el Hijo y el Espíritu Santo, en la Santísima Trinidad. Esto es exactamente el cielo, que no es algo exterior y diferente de la divinidad, sino la misma divinidad.

El ir al cielo, por consiguiente, no puede tener otro sentido que participar de la Vida divina trinitaria. El cielo, por consiguiente, repetimos, no es un lugar determinado, sino el mismo Dios, que no ocupa lugar, porque es infinito.

En el cielo (léase: en la Comunidad Trinitaria) no existe la «necesidad», como en la tierra, sino la plenitud. Cada persona es plenamente Dios. Tampoco existe el «egoísmo», como en la sociedad humana, sino la plenitud del Amor.

Podemos decir, pues, que el cielo es lo mismo que vemos en la tierra, pero todo lo contrario.

Las dos grandes fuerzas (infinitas) que hacen posible el milagro incomprensible de que Tres sean Uno, son el Conocimiento y el Amor. Las Personas divinas se conocen y se aman de una manera perfecta, y ello provoca una unión tan íntima, que llega a la unidad. Tres y Uno.

2. Si los escándalos han [expulsado] a los pobres de la Iglesia de Cristo, los obreros cristianos debemos rehacer el edificio y ser el puente

Podemos ahora definir la comunidad de los cristianos: Son las primicias del cielo en la tierra.

Esta comunidad la estableció Nuestro Señor Jesucristo en su forma más amplia en la Iglesia. Comunidad que no se ha interrumpido ni se interrumpirá mientras el mundo exista. Palabra de Jesucristo.

En esta comunidad gloriosa entramos con pleno derecho mediante el Bautismo, lo mismo cuando se trata de adultos que de infantes.

Pero no basta estar en la sala del banquete si uno no corresponde a quien nos permitió entrar; si uno está allí sin darle importancia, haciendo lo mismo que haría en la calle, con el mismo vestido. Vendrá el Señor y mandará con toda razón echarnos a palos a las tinieblas exteriores, como se nos previene en la conocida parábola.

Los negros del Transvaal vivieron durante muchas generaciones en el país de los diamantes, pero no les hacían ningún caso; incluso se apedreaban mutuamente con ellos. ¿De qué les sirvió? Vinieron otros que conocían el valor de aquellas piedras preciosas, se esforzaron por hacerse con ellas, y para ellos fueron.

Lo mismo que el Señor les vaticinó a los judíos por no haber hecho caso del don de Dios, lo mismo puede vaticinarnos a los que habiendo sido llamados, por el Bautismo de infantes, a ser del pueblo escogido y a participar del Gran Banquete del Reino, ni le hacemos caso, ni nos ponemos el vestido del Amor Trinitario.

## NUESTRA LIMITACIÓN

1. Jesús me pide fidelidad total, mía, personal, y comunidad con los hermanos, para ser todos, uno

Cuando uno, en su corazón, ha tomado la decisión firme de seguir el Camino de Jesucristo, que Él mismo es el Camino, parece que se le ofrece una alternativa: seguir al Señor con todos, o seguirlo por su cuenta, desentendiéndose de los demás. Uno de los dos extremos: todo o nada.

Ambas actitudes son incorrectas, como «marcha», ya que una constituye el punto de partida, y la otra, la llegada.



No hay duda de que la conversión a Cristo es y será siempre un acto individual, que cada uno tiene que hacer él solo, por muchos que hayan sido los que le han ayudado a dar este paso trascendental en la vida.

Tampoco hay duda de que en la Iglesia triunfante, en el cielo, cada bienaventurado está íntimamente unido con todos y cada uno de los demás a través de su incorporación gloriosa a Cristo, y por Él a la Trinidad Beatísima.

Lo que se designa con la expresión Vida cristiana es precisamente el intervalo que media entre la «conversión» obligatoriamente individual (aunque muchos se convirtieran a la vez), y la «glorificación», con TODOS los que integran la Iglesia triunfante.

2. Dios omnipotente no admite coacción ni violación. La libertad es el atributo de sus hijos

Cada uno nace a la vida física en el tiempo y en el lugar que menos podía figurarse, y sin que nadie le haya consultado previamente para nada. Ni la libertad ni la voluntad del recién nacido han intervenido en lo más mínimo. Todo se lo encuentra hecho, y tiene que aceptarlo tal como es.

En el nacimiento a la vida sobrenatural, las condiciones y las circunstancias son totalmente diferentes.

En primer lugar, la voluntad del interesado figura como elemento primordial. ...Si quieres... No podría ser de otra manera, al entrar en la libertad de los hijos de Dios.

En segundo lugar, se nace en Cristo cuando la Madre Iglesia nos acoge en su seno, al revés de lo que ocurre con la vida física, que empieza cuando la madre nos expulsa de su seno.

En tercer lugar, los lazos de sangre son fundamentales en la familia según la carne, y son los que son, gusten o no gusten; en cambio, en la familia cristiana, la propia sangre no cuenta gran cosa: la que cuenta es la Sangre Redentora de Cristo, y la fraternidad cristiana enlaza y une a personas de las más diversas condiciones, razas y procedencias.

En este aspecto (y no podía ser de otra manera) es mucho más limitada la familia humana obligatoria, que la familia divina de la libertad.

## EL REINO

1. Si el Amor (Cristo) preside nuestra convivencia y nuestro diálogo, edificamos el Reino, aunque no nos lo parezca

El Reino de Dios es el Reino del Amor Trinitario. La plenitud total está en la Santísima Trinidad, y no puede estar en otra parte. La plenitud participada en Cristo está en la Iglesia triunfante. La plenitud provisional y en crecimiento no es de este mundo, pero está en este mundo, en la Iglesia militante.

Donde dos o más bautizados están reunidos en nombre de Cristo, allí está Cristo en medio de ellos, constituyendo una célula «plena» del Reino de Dios, pues en Cristo no hay grados; si está Él, está la plenitud de la Trinidad. Análogamente o como en cada grano de levadura está la plenitud de la levadura.

Pero tales células del Reino de Dios son precarias, ya que basta que los reunidos traten asuntos que no se refieran al Amor Trinitario (Mandamiento Nuevo), por buenos y nobles que sean tales asuntos según los criterios humanos, para que Cristo deje de estar presente; ya no están reunidos en su nombre... ya no está Él en medio de ellos; ya no son una célula del Reino.

Lo normal es que tales células crezcan. Su crecimiento es la manifestación de la Vida divina en la Iglesia. Los bautizados que constituyen una célula del Reino la harán crecer en tanto en cuanto su fidelidad a los compromisos bautismales haga que el Señor esté más y más presente en sus reuniones.

2. Escuchar y hablar; dar y recibir. Eso, hecho con Amor en los hermanos, pone el cielo al alcance y nos hace... más hermanos

El bautizado consciente de su Bautismo sabe que la Trinidad está en él, y que él participa de la vida trinitaria, cuyas características fundamentales son el Conocimiento y el Amor.

Pero esta unión, con ser tan íntima, no permite ni el diálogo (ordinariamente) ni la efusión. No podemos conversar con la Trinidad, a pesar de estar en nosotros, ni podemos actualizar nuestro amor hacia Ella en ninguna de las mil formas que toma el amor, cuando existe. Esto sería peor que el suplicio de Tántalo si la Sabiduría suprema [no] hubiera dispuesto la solución maravillosa. Solución verdaderamente divina, pues a ninguna mente humana le hubiera podido nunca pasar por la imaginación una cosa tan sublime.

Si la Trinidad reside en un bautizado que está en Gracia, también reside en otro bautizado que está en Gracia. ¿Quién lo duda?

Así, cuando un bautizado en Gracia dialoga con otro bautizado en Gracia, no solamente dialoga con la persona humana, sino también con las personas divinas que están en él. Y todas las manifestaciones de Amor que pueda hacer al «otro bautizado» son manifestaciones de amor a la Trinidad que está en Él.

Y no solamente se trata de hablar a la Trinidad cuando se dialoga con el «otro bautizado», sino también de escuchar a la Trinidad. Ni tampoco se trata solamente de dar amor a la Trinidad en el «otro», sino también de recibir el Amor Trinitario a través del «otro».

3. Oración y reunión, dos formas simultáneas, que se complementan, de acercarse a los hombres y a Jesús

Con frecuencia el Señor se retiraba a solas, a estar con el Padre; pero ordinariamente estaba reunido con «los suyos». Estas son las dos formas de oración que nos dejó. La visita al Santísimo (o la soledad en la habitación) y la reunión con los hermanos.

No son dos formas diferentes, que permitan escoger la una o la otra, sino complementarias; la reunión con los hermanos hace «vivos» los coloquios íntimos con el Señor, y éstos a su vez purifican y elevan las subsiguientes reuniones con los hermanos. Esto, que algunos llamarían círculo vicioso, constituye un auténtico CÍRCULO VIRTUOSO.

Así, el Reino de los cielos está en la tierra siempre que (en cualquier lugar)

unos bautizados conscientes están reunidos en nombre de Cristo, y siempre que alguno de éstos, en la intimidad con el Señor, trata los asuntos inherentes al nombre de Cristo.

De esta manera se conjuntan el uno con el varios. De esta manera la persona humana adquiere una categoría en la que nunca se pudo soñar, y de esta manera lo social (tan precario y endeble en el orden humano) llega a la maravilla de la comunión.

Así se llega a la comunidad cristiana, que, en su conjunto, es la Iglesia de Dios, y que en sus partes son los pequeños y medianos núcleos de bautizados conscientes, que en sus momentos de comunión entre ellos con Cristo, actualizan el Reino de los cielos en la tierra.

## ENTUSIASMO

1. A pesar de todas las tormentas humanas, si estudiáramos la asignatura del «Amor», tocaríamos el cielo con una mano

Puede presentarse (y tomarse) el cristianismo como «una cosa» interesante, que, a base de ciertas obligaciones y prácticas más o menos molestas, ofrece el «ir al cielo», una vez muertos. Pero como en realidad nadie pensamos en morirnos...

El caso es que andamos afanosos buscando la manera de compaginar el ir al cielo después de muertos con el pasarlo lo mejor posible mientras nuestros pulmones todavía respiran. Esta idea tan generalizada de dejar el cielo para después de la muerte física es causa, seguramente, de muchas «flojuras» entre los que todavía «practican», y de muchas deserciones de la Iglesia por parte de tantos que fueron bautizados en los primeros días de su vida.

La verdad (y la maravilla) es que el cristianismo no es para ir al cielo después de la muerte física, sino para estar en el cielo después de la muerte mística bautismal, que nos resucita con Cristo.

La diferencia entre el cielo en la tierra y el cielo en el cielo no es de calidad ni de grado, sino de duración. En el cielo el tiempo desaparece, pues se entra en la eternidad. En la tierra se trata de momentos (más o menos largos) de estar en el cielo con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, cuando nos amamos unos a otros como Cristo nos amó y nos ama. Como se ama en la Santísima Trinidad.

2. En la negación a mis malos deseos y a mi desamor hacia los hermanos está el triunfo de la libertad. ¡Muera la libertad!

Para que un salvaje antropófago pase a ser humano civilizado tiene que renunciar a comer carne humana, o lombrices de tierra, a sacrificar criaturas a los fetiches, a prácticas sexuales aberrantes, a la magia, y a un sinfín de cosas con las que se encontraba muy a gusto y con las que su vida hallaba plena satisfacción.

A los que nos consideramos civilizados nos asombra el pensar que pueda haber hombres que rehúsen el «entrar» en la civilización por no querer desprenderse de las prácticas, criterios y normas de su estado salvaje. Pensaríamos que, además de salvajes, son idiotas.

Algo análogo ocurre, aunque en grado infinitamente superior de idiotez, cuando se rehúsa entrar en la Vida Trinitaria a que tenemos derecho por el Bautismo, con el achaque de que ello nos obligaría a dejar las prácticas, los criterios y los usos del hombre puramente carnal.

Porque en el fondo, toda la cuestión está ahí: negarse a sí mismo.

Los dibujantes humorísticos a veces nos dibujan salvajes en los que aparecen mezclados los elementos más abyectos de su salvajismo con los más refinados de la civilización. Y nos reímos mucho. ¡Ah! Si se pudieran dibujar las mezcolanzas absurdas que con tanta frecuencia hacemos los que queremos compaginar lo natural con lo sobrenatural... ¡cuánto motivo tendríamos para llorar!

3. Si lo de Cristo fuera mentira, la trágica realidad de la historia humana lo convertiría en verdad

Si nuestro Dios (no hay otro Dios que el Dios Trinitario) fuese un dios feroz, vengativo, rigorista..., que está al acecho de los «patinazos» de sus criaturas para ensañarse con ellas, entonces sí que podría hablarse (y escribirse) del sentido trágico de la vida.

Pero, en lo más profundo de su Ser divino, Dios es Amor. Y ama a sus criaturas humanas de una manera exagerada, siempre dispuesto a perdonar y a olvidar... si la criatura quiere.

—Si quiere ¿qué?

—Si quiere corresponder a su Amor, amando a Cristo en sus hermanos de Bautismo.

—¿Cómo?

—Negándose a sí mismo, tomando su cruz y siguiendo a Jesucristo. Siempre volvemos a lo mismo.

Cuando dos o más bautizados conscientes de su Bautismo se reúnen en nombre de Jesús, cada uno esforzándose en ser Cristo y viendo a Cristo en los demás, no hacen otra cosa que estar en la realidad, pues, después de la Encarnación, la realidad es que Cristo lo invadió todo y está en todos. Cuando no vivimos esta realidad (no hay otra), todo termina mal, cualesquiera que sean las satisfacciones aparentes y los éxitos momentáneos. Nuestra experiencia constante (y la ajena) nos confirma esto rotundamente.

Reunión de bautizados conscientes, en nombre de Cristo... ¡El cielo en la tierra!

## SER UNO

1. Apariencias, formas, ritos; no. La clase obrera está esperando Amor sacrificado. ¿Qué decides tú?

Hay comunidad de cristianos siempre que dos o más bautizados conscientes se conocen y se aman de tal manera que cuando se reúnen puedan hacerlo en verdad en nombre de Cristo.

Porque no basta guardar las formas.

Antes de Jesús, en el pueblo judío el guardar las formas y cumplir los actos y los ritos mandados, se consideraba lo fundamental. Los israelitas tenían que reunirse una vez al año en el templo de Jerusalén, donde moraba la gloria de Yavé, aunque los samaritanos decían que esto había que hacerlo en el monte Garizim. Pero Nuestro Señor Jesucristo inauguró su era, cuando dijo a la samaritana que ya había llegado el tiempo de adorar a Dios, no aquí o allí, no con unos gestos y unas palabras o con otras, sino en espíritu y verdad.

No basta (ni sobra, ¡claro está!) que las reuniones de los bautizados empiecen y acaben con oraciones, plegarias, genuflexiones, persignaciones..., para asegurarse de que están reunidos en nombre de Cristo. Todo esto es muy bueno y recomendable, pero no basta.

El Señor escruta en lo más íntimo de los corazones, y no se le puede engañar con exterioridades. Si los que se reúnen no se conocen y no se aman de corazón, como el Señor nos amó y nos ama, no habrá comunidad cristiana, cualesquiera que sean las apariencias externas. Ni habrá, por consiguiente, Reino de Dios, ni cielo en la tierra, en aquella reunión.

2. Lo «natural», ante lo sobrenatural, se vuelve antinatural. Basta con saber mirar alrededor

Este ideal de que varios tengan una sola voluntad y sean un solo corazón y una sola alma, no nos cuesta nada aceptarlo y admitirlo.

A todos nos gustaría estar rodeados de unas cuantas personas que pensarán como nosotros y tuvieran los mismos gustos y «aficiones» que nosotros. Esto sería formidable. En cambio, los disgustos y los enfados siempre provienen de que las personas que han de estar juntas no piensan igual ni quieren las cosas de la misma manera.

Por poco que nos fijemos en ello, nos daremos cuenta de que lo que corrompe estas relaciones y estos deseos de unidad y de unión es el maldito egoísmo.

Unión, ¡sí! Unidad, ¡sí! Pero a base de lo que yo pienso y de lo que yo quiero. Y es paradójico observar que, precisamente porque todos pensamos igual y todos queremos lo mismo, no hay manera de entendernos. Ni la puede haber. Y así andan las cosas.

No puede pensarse en una comunidad de bautizados si no se modifican estos criterios... tan «naturales».

El «niégate a ti mismo» nos da la clave. El renunciar a querer imponer los propios criterios a los demás, intentando por todos los medios descubrir la parte de verdad que está en los otros para aceptarla y «enriquecernos» con ella..., he aquí el camino.

3. El hombre humilde es sabio y veraz. Jesús es la sabiduría y la verdad. Pero es que yo...

Para que dos formen un solo corazón y una sola alma, no basta que uno de ellos se niegue a sí mismo (según su promesa bautismal) si el otro sigue dentro del egoísmo natural e inconsciente que todos llevamos dentro.

Seguramente que entre ellos habrá menos conflictos y disgustos que cuando ambos son egoístas. Pero todavía esto no es una comunidad de bautizados. Aunque puede llegar a serlo... si el egoísta se «convierte».

Cuando dos o más se reúnen y todos van con el ánimo de apreciar más lo bueno que descubran en los demás que lo bueno que se figuran llevar consigo, las perspectivas son deslumbradoras.

Terminadas las discusiones para imponer el propio criterio, que es lo único que sabemos hacer «naturalmente». Terminada la «dialéctica» para envolver y hacer callar a los demás. Terminadas las grandes voces y las palabras gruesas. Habrá, en cambio, la gran simplicidad y la gran naturalidad en exponer los propios puntos de vista, sabiendo que siempre son limitados.

Y si cada uno defiende lo del «otro» más que lo suyo propio, no cabe duda de que esta humildad les hará entrar en la verdad (como decía santa Teresa), y la Verdad, que es Cristo, podrá decirse que está en medio de ellos. Y entonces serán, con Cristo, un solo corazón y una sola alma.

## ESCUCHAR

1. Aquel que, teniéndose por inteligente, desprecia a la clase obrera, tiene ceguedad en el corazón y serrín en el cerebro

Para amar... lo que sea, hay que tener previamente algún conocimiento de aquello que se ama. Hay que saber, antes que nada, que «aquello» existe. No se puede amar, ni siquiera se puede pensar en algo cuya existencia se desconoce.

Pero no basta saber que «algo» existe para amarlo. Es indispensable conocerlo (más o menos).

Los hombres podemos conocer muchas cosas, pero siempre a base de un esfuerzo, de una atención. Nadie puede conocer las matemáticas sin un esfuerzo por su parte. Este esfuerzo será mayor o menor según la aptitud o la capacidad de cada uno, pero el esfuerzo es siempre necesario.

Una de las «cosas» que los hombres podemos conocer es a los otros hombres. Este es, seguramente, el conocimiento más interesante de todos. Si, por un imposible, un hombre llegara a conocer todas las «cosas» del universo creado, y no conociera nada de los hombres, ¿de qué le serviría?



No basta saber que los seres humanos existen, ni conocerles «de vista», ni aun el saber las genealogías de cada uno, su profesión, su residencia... Esto es algo, pero no puede ser esto lo que en nosotros excite o determine el amor o el desamor.

2. Cristo, redentor, es el único que a mí me ama como soy y me espera, esforzándose, a través de lo que soy: ¡y a ti, también!

Conocer a los hombres exige tener una idea de las generalidades que afectan a la especie humana. Esto es necesario; pero no es suficiente. Cuando en las plantas o en los animales se conocen las generalidades de una especie y de una variedad, puede decirse que se conoce a cada individuo de aquella especie y de aquella variedad, porque carecen de lo que se llama la personalidad.

En los hombres ocurre al revés: lo más importante es la personalidad de cada uno, que hace que, con todo y poseer los rasgos generales de la especie humana, cada hombre sea un ejemplar único en la creación, que nunca tuvo su igual antes ni lo tendrá después. Esta personalidad es la que da la originalidad a cada hombre, y que hace que unos nos sean atractivos y agradables y otros no lo sean.

Esto que se acaba de indicar no es privativo de los cristianos, sino que es válido para todos. No hay duda de que quien conozca más y mejor a las personas con las que convive y con las que trata, tiene una ventaja enorme sobre quien las conoce de una manera superficial y fragmentaria.

Cierto es que el trato y la convivencia hacen que nos conozcamos «algo», y parece que muchos nos contentamos con esto. Pero esto sólo es precario e insuficiente, y así las «relaciones humanas» van como van.

3. De las relaciones humanas, no tomemos la «buena educación» burguesa; que nuestra mente sea sana, y el corazón, ardiente

Una de las reglas que se suelen dar para conocer a los hombres es la de observar sus obras. El mismo Señor nos dejó dicho: Por los frutos se conoce al árbol. Esto es una gran verdad, pero, como toda comparación, solamente es exacto a medias. Es exacto para los árboles, pero los árboles no viven en sociedad ni tienen libertad, como las personas. Por consiguiente, para conocer las personas hace falta, además de conocer sus exterioridades (sus hechos), conocer su interior, que es seguramente lo más interesante... y lo más difícil.

Esta dificultad se hace mayor todavía a consecuencia de lo que llamamos «buena educación», que consiste principalmente en no decirse lo que se piensa, sobre todo cuando lo que se piensa no puede ser agradable a la persona con la que se habla. Esto no significa que la buena educación sea detestable, sino que lo único que quiere significar es que aumenta la dificultad al conocimiento mutuo.

A esta dificultad por parte del que habla, al no expresar exactamente lo que piensa, se junta el hecho de que el que escucha no lo hace dando la importancia principal al que habla (para conocerle más y mejor), sino que su «centro de interés» está en sí mismo. Escucha, pero no en función del otro, sino en función de sí mismo. Escucha para darse cuenta de si las palabras del otro favorecen o contrarían sus planes y sus conceptos. Parece que escuchamos al otro, pero, en realidad, todo lo referimos a nosotros mismos.

4. Cada vez que interrumpimos bruscamente la conversación de un hermano le damos una bofetada [en] la cara

Cuando conversamos no solemos poner nuestro interés y nuestra atención en descubrir y captar la parte de verdad y de razón que pueda poseer nuestro interlocutor para aceptarla y enriquecernos con ella, ni pretendemos conocer más y mejor el ser íntimo del otro para poderle comprender, sino todo lo contrario. Nuestro afán (de manera inconsciente, con toda seguridad) se centra en que el «otro» reconozca y acepte nuestra parte de verdad, con lo que (en caso de conseguirlo) no habríamos progresado en nada, y nuestro esfuerzo tiende a que los demás nos comprendan a nosotros.

Este achaque lo padecemos todos, y así se explica la forma extraña en que se desarrollan las conversaciones entre los hombres. Cada cual lleva sus «verdades» tan convencido y seguro de ellas que para él el único interés de la conversación puede radicar en que el «otro» las reconozca y las acepte. En vez de una atención profunda a las palabras del «otro» para captar la parte de verdad que puedan contener y para conocerle profundamente, no hay más que las interrupciones constantes para imponer nuestra parte de verdad, y para tratar de ser comprendidos «a fondo».

Lo que pasa es que lo que defendemos es verdad, pero sólo una parte, que podría enriquecernos con la parte de verdad del «otro». Lo malo es creer que nuestra parte de verdad es toda la verdad. Y aparece el sectario.

5. El hombre, ese ser tan desconocido... porque sólo miramos lo externo.

Pero buscar lo que en verdad lleva...

Al pretender que los demás acepten nuestra parte de verdad y negarnos a reconocer la suya, nuestras conversaciones se transforman en conversaciones de sectarios. La llamada «buena educación» impide que estos contactos terminen de la única manera lógica con que deberían terminar, esto es: a palos. Aunque a veces...

Claro está que las discrepancias entre mi verdad y la verdad del «otro» pueden ser muy grandes, y en otros casos muy leves. El resultado es siempre el mismo: nos separamos maldiciendo de la falta de comprensión de «los hombres», con los que no hay nada [que] hacer. El mundo está perdido, porque nadie escucha la verdad (léase: nuestra verdad). Todos protestamos de lo mismo, porque todos padecemos del mismo mal.

El hecho es que no nos esforzamos en absoluto por comprender al otro, y esto es muy «natural». Si yo soy (para mí) el ser más importante de la creación, ¿a santo de qué me han de interesar más los otros que yo mismo? Los demás no pasan de tener (para mí) un carácter instrumental. En la medida que me sirvan para mis afanes, para mis designios, para mis gustos y caprichos... serán interesantes, y los tendré por «buenos». En el caso contrario..., ¡a las tinieblas exteriores con ellos! Ciertamente, todo esto es muy «natural». De lo que no tiene nada es de sobrenatural.

6. Si nos vistiéramos de entrañas de misericordia para con el prójimo...  
¡cuántas maravillas hallaríamos!

En «hojas» anteriores hemos considerado ligeramente la forma con que conversamos y nos escuchamos unos hombres a otros «naturalmente». Así puede construirse (y se construye) la sociedad egoísta y materialista en que nos movemos.

Lo absurdo, por no decir idiota, es pretender construir la comunidad sobrenatural de los hijos de Dios a base de una conversación y de unos diálogos que en nada difieren de los que «produce» nuestra «buena educación», puramente «natural».

¿Cómo podremos nunca conocernos y comprendernos si únicamente nos esforzamos en ser conocidos y en ser comprendidos? Y si el amor exige el conocimiento y la comprensión, ¿podremos jamás (por este camino) llegar a estar dentro del Mandamiento Nuevo? ¿Podremos pasar de puras

exterioridades, en las que lo único que interesa es la forma? ¿Dónde queda el Amor de corazón, en Espíritu y en Verdad?

Si el escuchar «natural» nos impide llegar al Amor Trinitario, es que antes ya nos cerró las puertas de la humildad. Si mi YO es (para mí) lo más importante, ¿cómo podré entrar en la humildad cristiana, que exige la disposición previa de «hacerse el último», de buscar el último lugar? Porque el hecho cierto es que conozco mis traiciones constantes a la Gracia, pero no puedo conocer las de los demás...

7. Cara al hermano que falla, con la humildad de Jesús sabríamos ver a Jesús que sufre. ¡Todo cambia!

El bautizado consciente sabe que Nuestro Señor Jesucristo está en el «otro» (en cualquier «otro») y no solamente para recibir nuestro auxilio y nuestro amor, sino también para manifestarnos el suyo.

En las palabras (y los hechos) del «otro» hay siempre una manifestación más o menos velada del «ser» del otro. Pero esto no es todo, ya que hay también la Providencia del Señor que se manifiesta. Que se manifiesta inútilmente, si no pongo atención a ella. Por consiguiente, he de escuchar al «otro» con una doble atención: mirar sus miserias y sus fallos, no para criticarlos a sus espaldas, sino para compartirlos y compadecerlos, ya que el ojo limpio no ve más que limpieza, y el que es veraz no concibe que otros mientan; por consiguiente, tirando los defectos ajenos y sabiendo que los que les vemos son nuestros propios defectos, se establecerá una corriente de solidaridad. Para ayudarnos a llevar la cruz, que es una misma cruz. Y al mismo tiempo, mirar sus excelencias y cualidades, que son precisamente la presencia de Cristo en él.

Si pudiéramos escucharnos así, la humildad cristiana estaría en puesto de honor, y el conocimiento de las propias miserias, junto con la grandiosidad de la acción del Señor en nosotros, nos llevaría necesariamente al Amor Trinitario: en Cristo, por Cristo y con Cristo.

Pero ¿quién sabe escuchar así?

8. Yo, yo, yo, yo, yo. ¡Siempre! Hoy voy a probar conocer y amar a Cristo en mi compañero de máquina

Para que llegue a haber comunidad entre cristianos se precisa tener una

noción suficientemente clara de que es únicamente así como se puede realizar en este mundo la imagen y semejanza con el Dios Trinitario, y cumplir el deseo solemne del Señor: Que seamos UNO...

Tener una noción suficientemente clara de esto es indispensable, pero no basta para que exista una comunidad entre cristianos. Esto, además de saberlo, hay que vivirlo. Y para ello es indispensable abandonar progresivamente nuestro escuchar natural (en el que el YO de cada uno ocupa el lugar preferente) para escucharnos sobrenatural-mente, dando la primacía a Cristo en el «otro».

Entonces, verdaderamente, nos reuniremos en nombre de Cristo, y en Él, con Él y por Él seremos UNO.

Y si no empezamos por aquí, serán inútiles los esfuerzos y las «maniobras» que hagamos, que no podrán nunca pasar de un simulacro grotesco, de una «parodia» de comunidad, por no decir un sarcasmo.

Si no somos humildes, y no ponemos más interés en el «otro» que en nosotros mismos, ¿cómo podremos llegar a conocerle? Y si no le conocemos, ¿cómo podremos amarle? Y si no le amamos, ¿cómo podremos ser UNO?

## TODOS

1. No te mates por el Papa, católico matón; ámalo en la persona de tu párroco, a pesar de...

Todos los bautizados formamos la Gran Comunidad, que es la Iglesia, que nos prepara, nos enseña y nos conduce para que tengamos un solo corazón y una sola alma con el Corazón y el Alma de Nuestro Señor Jesucristo.

Pero nuestra limitación en el tiempo (nuestra vida es corta) y en el espacio (nuestro «radio de acción» es minúsculo, ordinariamente) nos obliga a reducir las dimensiones de nuestras comunidades. El caso es que las comunidades pequeñas estén en comunión constante y lo más perfecta posible con la Comunidad Grande, personalizada en la persona del Papa.

Todos sabemos que la organización jerárquica de la Iglesia la forman tres grandes planos: la parroquia, la diócesis y el mundo entero al frente de los cuales están respectivamente el párroco, el obispo y el Papa.

Todos los bautizados pertenecemos a una parroquia, a una diócesis, a la

Iglesia universal.

La parroquia es el pequeño círculo en el que todos podemos conocernos, más o menos. Ahí está nuestro prójimo más próximo. La diócesis es la comunidad de todas las parroquias de un territorio, bajo la responsabilidad de un sucesor directo de los apóstoles. Y la Iglesia universal es la Gran Comunidad formada por todas las diócesis en comunión con la Sede Apostólica.

Esto es archisabido, pero conviene recordarlo.

2. Porque somos como somos, los obreros tienen un concepto tan mezquino de la Iglesia. Examínate de Amor y de universalidad

La organización comunitaria de la Iglesia sabemos, como dijimos el día anterior, que la forman tres planos: la parroquia, la diócesis y la Iglesia universal.

Pero esto no es lo fundamental de la Iglesia, ni lo que pone en evidencia su ser sobrenatural, ya que una organización así la podría tener cualquier agrupación puramente humana. Como la tienen ciertos Bancos, por ejemplo.

Esta organización es lo que se ve, pero lo fundamental, lo que le da un carácter único es lo que no se ve, que es la intensidad y la fuerza de Amor Trinitario que circula entre sus miembros. Algo así como la sangre en el cuerpo humano.

En los tres primeros siglos de la historia de la Iglesia, su organización era muy deficiente en comparación con la de ahora, ya que ni si quiera existía el Derecho Canónico, pero nadie puede negar que la fuerza sobrenatural que la vitalizaba era enorme.

Esto no puede significar que la organización en la Iglesia no tenga importancia. Sí que la tiene, y grande. Lo que quiere significar es que la organización no es lo más importante. Lo más importante es que los bautizados vivan en la tierra la Vida de Cristo, a la que están llamados por su Bautismo. Si están bien organizados, mucho mejor, ¡claro está!

3. Ser un solo corazón con todos los cristianos. Sí. Empecemos por la esposa y la familia vecina

La vida comunitaria ha pasado en la Iglesia, como no podía ser de otra manera, por diversas alternativas. Desde aquella comunidad de los primeros tiempos apostólicos, formada por los fieles de Jerusalén, que tenían un solo corazón y una sola alma, hasta los tiempos recientes, en que ha predominado un sentido individualista, en que la atención de cada fiel se centraba fundamentalmente en salvar su propia alma.

Esta mentalidad no ha dado en la Iglesia unos resultados muy brillantes, como puede comprobarse simplemente repasando los recientes capítulos de su historia. Por esto, en todas partes (unos más y otros menos) aparecen tentativas y ensayos de vida comunitaria entre los cristianos, sin la rigidez y las exigencias de las clásicas comunidades religiosas. La Iglesia, como no podía ser de otra manera, anima y bendice estos intentos, con atención vigilante para evitar las desviaciones o los excesos que tanto daño pueden ocasionar.

La sabia y amorosa Providencia ha cuidado de que no faltaran numerosas y diversas comunidades religiosas en los tiempos en que el sentido comunitario de los laicos estaba casi atrofiado. Afortunadamente, hoy son cada vez más numerosos los que se percatan de que el estar en comunión con otros bautizados no es privativo de unos cuantos, sino que es una obligación para todos.

## LA LUCHA

1. La vivencia sobrenatural se consigue con un suero lento, de negación constante y feliz, que dura hasta la muerte

La naturaleza humana actual (en este mundo concreto) y la sobrenaturaleza

divina, no son dos «cosas» muy parecidas, de tal manera que basta con modificar algunos detalles de la naturaleza humana para encontrarse de lleno en la sobrenaturaleza divina.

No basta que uno haya recibido el rito bautismal, poco después de nacer, y que después acuda distraídamente a ciertos lugares en días determinados, y pronuncie con más o menos frecuencia palabras sublimes a las que no se pone atención, para poder creer que uno ya está inmerso en plena vida divina trinitaria; en plena sobrenaturaleza. De ninguna manera.

La vida sobrenatural (vivir en Cristo) tiene como primera exigencia el niégate a ti mismo..., con [la] agravante de que uno tiene que negar su propia naturaleza «natural» sin poderse desprender de ella.

Por esto, Nuestro Señor Jesucristo pudo afirmar que no traía al mundo la paz (de una componenda fácil entre lo natural y lo sobrenatural), sino la lucha entre ambas naturalezas, que no puede terminar más que con la muerte física del hombre.

2. Tú ves mi miseria, Jesús; pero te doy gracias [por] estar en medio de la lucha obrera. Sólo ella me santifica

La lucha entre la propia naturaleza caída y la sobrenaturaleza recibida en el Bautismo, con toda la fuerza y los auxilios que lleva consigo la Gracia divina, se desarrolla simultáneamente en tres «frentes» diversos:

Frente interior, en el que hay que decidirse entre la soberbia (demonio) y la humildad.

Frente corporal, luchando la satisfacción de los sentidos (carne) con el espíritu de sacrificio.

Frente externo, donde la lucha se entabla entre el afán de dominio y de riquezas (mundo) con el espíritu de pobreza.

En esta lucha cada cual es responsable de sus determinaciones, como consecuencia de este maravilloso don de Dios, que es la libertad.

Parece que esta lucha es un «asunto» puramente personal, que cada uno ha de realizar por su cuenta. Esto es verdad, pero sólo en parte.

Yo no puedo pecar por otro, ni realizar actos virtuosos por otro. Pero sí puedo pecar, y realizar actos virtuosos, con otro. Y con otros.



Los otros, por experiencia, pueden ser una gran ayuda, o un gran estorbo, tanto para el pecado como para la virtud. Todo depende de la naturaleza de mis relaciones con «los otros».

Cuando mi reunión con otros se fundamenta en que yo veo a Cristo en ellos, y ellos ven a Cristo en mí, entonces la lucha se emprende con seguridad absoluta de victoria... si somos fieles.

## LA FUERZA DE LOS DÉBILES

1. Fidelidad a ti, Señor, a través de mis hermanos de equipo, y me río de todos los fuertes de la tierra

Una comunidad de cristianos (si de veras lo es) no solamente es lo más fuerte del mundo, sino lo único fuerte del mundo.

Cuando varios unen sus fuerzas (con aquello de que la unión hace la fuerza) para hacer guerra, para hacer negocio, para hacer «política», etc., parece muchas veces que tienen éxito, y que la cosa marcha. Pero nunca puede pasarse de apariencias efímeras, que duran cierto tiempo... y se desvanecen. Como las nubes de verano. Éste es el destino inevitable de todos los éxitos de que nos habla la historia.

Se comprende que no podría ser de otra manera, si en verdad existe Dios. Si Dios existe, toda fuerza ha de ser manifestación del poder de Dios. Nada creado puede disponer de ningún «poder propio», independiente del poder creador.

Parece que los hombres podemos algo, con nuestra salud y fuerza juveniles, con nuestra inteligencia, con nuestro poder creador de las maravillas de la técnica. Todo esto parece... pero la fuerza y el entusiasmo juveniles, todos sabemos cuál es su término. En cuanto a la vida global de la humanidad, piénsese en los cataclismos geológicos ocurridos en edades remotas para estar seguros de que todo esto de que tanto presumimos, depende de que permanezca quieta la corteza terrestre. Con que vuelvan a emerger tierras de los mares, y a sumergirse las tierras en los mares, todo terminó. ¿Dónde está la fuerza?

2. Somos pobres y débiles... y nos ríen a la cara y nos llaman miserables.

Pero si estamos junto a Belén y al Gólgota...

Una comunidad de cristianos, animados de un gran deseo de espíritu de pobreza, de humildad y de sacrificio, es lo más importante que puede darse a los ojos del «mundo». Y con criterios mundanos, «naturales», que solamente pueden ver el «plazo corto», tienen toda la razón.

Una comunidad de cristianos, cuando forman un solo corazón y una sola alma con el Corazón y con el Alma de Cristo, reproduce el misterio de Cristo, quien, no teniendo una piedra donde reclinar su cabeza, era el Señor del Universo. Y lo sigue siendo, en «los suyos».

Bueno es que los trabajadores unamos nuestras fuerzas para defender nuestros derechos para que haya más justicia, pero esto todavía no es lo específico de los cristianos, ya que los explotados que no son cristianos también lo pueden hacer..., y lo hacen.

Cuando las uniones de trabajadores (y de los otros) logran los objetivos propuestos, su cohesión y su unión flojean, como es el caso de los sindicatos en muchos países de alto nivel de vida.

Pero cuando el objetivo de la unión (y de la reunión) es entrar más y más en el Amor Trinitario, la fuerza de unión, que es fuerza de Amor, irá siempre en aumento. Ésta, ésta es la fuerza de los débiles: la fuerza del Señor Omnipotente.

3. Danos, Señor, a los obreros, tu Paz, tu Gracia, tu Amor y ganas de luchar hasta el fin por tu Reino

Una comunidad de cristianos verdaderamente tal no puede tomar como objetivos propios la mejora económica de sus miembros, ni la influencia en la política, ni cosas por el estilo, que, en el mejor de los casos, no pueden pasar de ser unas «añadidas».

Una comunidad de éstas, siguiendo las palabras y los ejemplos del Señor, no puede buscar otra cosa que el Reino de Dios y su justicia, que se resumen en el Conocimiento y en el Amor trinitarios actualizados entre los hombres en virtud de la Gracia que hemos recibido en el Bautismo, y que podemos recobrar con el Sacramento de la Penitencia, si la hemos perdido.

Un grupo de personas que tratan de conocerse más y más para amarse mejor,

y que prodigan sus sentimientos y manifestaciones de amor para conocerse mejor y poder amarse más con el Amor de Cristo, también estarán enfermos y tendrán que seguir un tratamiento, también tendrán que resolver cuestiones económicas, también tendrán que vivir, en una palabra, pero todos estos achaques y contratiempos que hacen mirar con angustia el porvenir a los «mundanos» se convierten en gozo cuando el que está en un mal paso se siente el centro de la atención y de los desvelos de toda la comunidad, que ven en él a Cristo.

Y todos hallan el don inmenso de la paz, la paz de Cristo, la que el «mundo» no puede dar...

## COPERACIÓN INTEGRAL (COPIN)

1. A través de nuestra condición de pobres y de pecadores construyamos cada día la comunidad en Cristo, única fortaleza nuestra

Para que unos bautizados formen una verdadera comunidad basta con que su corazón y su alma sean uno con el Corazón y el Alma de Cristo. Esta es la nota característica de los bienaventurados que están en el cielo participando de la Gloria trinitaria.

Esta unión que en el cielo es, tiene que hacerse en la tierra, con todas las dificultades y resistencias que ofrece nuestra naturaleza caída, y nunca «levantada» del todo, mientras vivimos.

Teóricamente, todos los bautizados que no hemos apostatado y formamos parte de la Iglesia militante queremos tener un solo corazón y una sola alma con Cristo; vivir en El, con Él y por Él. Este querer es nuestro compromiso bautismal, formulado personalmente en el Bautismo de adultos; o por delegación, en el de infantes; para el caso es igual.

Pero no basta la teoría, ni el deseo, para poder decir que estamos en comunidad. En la tierra no podemos estar en comunidad (esto es cosa del cielo); aquí de lo que se trata ES de ir hacia la comunidad.

En principio, estamos en la Gran Comunidad de la Iglesia de Cristo, pero, de hecho ¿en qué momentos podemos decir que estamos «en comunión íntima» con Ella? Es de temer que no son demasiado abundantes. Esto nos recuerda el sentido de lucha permanente que tiene la vida del cristiano.

2. Si nuestra pequeña comunidad nos empuja cada día más a ser una sola cosa, Cristo está allí y sonrío

La comunidad de bautizados tiene muchos grados: desde la comunidad amplísima que formamos todos en la Iglesia militante, en un extremo, hasta las comunidades religiosas de clausura, en las que los que las integran lo tienen todo en común, en lo material y en lo espiritual.

Las comunidades de laicos (de las que es elemento fundamental el sacerdote) son un término medio entre la Comunidad Universal (Iglesia) y las comunidades religiosas.

Por su pertenencia a la Iglesia han de tener como objetivo fundamental la unidad: el ser UNO con Cristo, a través del ser uno con los hermanos con los que se tiene trato; y como característica básica de aquella comunidad particular han de tener la re-uniión con los hermanos, en nombre de Cristo. Para que exista comunidad estos dos puntos son lo esencial; lo demás es accesorio, aunque importante.

Unas comunidades se aplicarán a unos objetivos, y otras a otros; unas tendrán una proyección externa más destacada y otras menos. Pero lo fundamental es que cada componente lleve en su corazón, como aspiración suprema, el ser UNO con los hermanos, siendo UNO con Cristo, y que se reúnan en nombre de Cristo. Lo demás se dará como añadidura.

3. No puedo formar comunidad con mis compañeros de apostolado porque trabajo 14 horas. Es «natural»...

La re-uniión es indispensable para que puedan tener la seguridad absoluta de que el Señor está en medio de ellos.

Ya se comprende que tales re-uniones serán más fáciles, o más difíciles, según sean las circunstancias de los que componen la comunidad. Si residen en proximidad unos de otros será mejor que si sus residencias están muy separadas. Si las ocupaciones de unos son muy diversas de las de otros, será difícil encontrar una tarea común. Si las mentalidades y la cultura son muy dispares, se tropezará con la dificultad de un léxico diferente para que puedan entenderse.

Pero todo lo que acaba de indicarse es de orden natural, y la comunidad de cristianos no es «natural», sino sobrenatural. Quiere decirse que tales dificultades naturales no pueden ser nunca motivo suficiente para renunciar a formar comunidad, si existe verdadero espíritu sobrenatural.

Esta es una norma permanente en el cristianismo: las dificultades «naturales», más que un impedimento, son un acicate para la acción sobrenatural. Por la sencilla razón de que Dios existe, y su poder es más que suficiente para vencer toda clase de dificultades. Siempre, claro está, que se trate de la Obra de Dios. Porque si lo que llevamos entre manos es nuestra obra...

4. No hay dos seres iguales. Mejor. Eso nos obliga a extremar la consideración y el respeto

El «nacimiento» de una comunidad de bautizados puede ser debido a circunstancias muy diversas, y no cabe duda de que según sean estas circunstancias, la comunidad empezará con una fisonomía o con otra.

Puede ocurrir que personas de una misma parroquia, que se han conocido en ella, que forman parte de las mismas asociaciones piadosas, etc., en su deseo de ser UNO con Cristo se decidan a formar una comunidad. Esta será, seguramente, bastante heterogénea.

Puede ocurrir también que personas que tienen mucho trato y convivencia, tales como los que trabajan en una misma empresa, decidan formar una comunidad de bautizados. Ya se comprende que habrá modalidades secundarias que las diferenciarán bastante de las indicadas en el párrafo anterior.

Como las circunstancias de la vida no se repiten nunca, puede estarse seguro de que las personas y circunstancias que concurran en el «nacimiento» de una comunidad de bautizados será siempre un caso único, original e inédito, que obligará a plantear, considerar y desarrollar aquella comunidad, no con normas generales, sino como un caso especial.

5. Cuando lo que nos une es el afán de dinero, por muy pequeño que sea, el Amor se esconde

En muchos casos, una comunidad de bautizados dará lugar a una cooperativa (en cualquiera de sus formas) como proyección externa de su espíritu comunitario.

Aquí puede plantearse el problema de si conviene más introducir el espíritu comunitario cristiano en cooperativas existentes, o introducir las realizaciones cooperativas en las comunidades ya iniciadas.

Seguramente se darán los dos casos. Normalmente, sin embargo, será más viable el segundo. Se comprende que en una cooperativa puramente «estomacal» pueden encontrarse personas completamente refractarias a la idea de comunidad de bautizados, y tienen todo el derecho de mantenerse en la línea inicial, a pesar de lo que acuerde la mayoría.

En cambio, si la cooperativa aparece con una exigencia de Amor Trinitario de los que componen una comunidad, la marcha y los resultados han de ser muy diferentes.

No solamente en las cooperativas de producción, en las que es indispensable la unanimidad, sino también en las de consumo, que tomarán formas y características totalmente diferentes de las que actualmente existen.

6. Querer reglamentar el Amor es tan estúpido como pretender que un burro vuele

Si la característica fundamental de una comunidad de bautizados es el espíritu (tener un solo corazón y una sola alma entre sí y con el Corazón y el Alma de Cristo), ya se comprende la poca o ninguna importancia que habrá de tener la letra, representada por reglamentos, normas, estatutos... a los que tan aficionados somos cuando hay poco espíritu.

La experiencia nos enseña constantemente la poca fuerza y nula eficacia de la letra cuando falta el espíritu, además de que las palabras del Señor son categóricas: La letra mata; el Espíritu vivifica.

Después de tanta experiencia negativa en cuanto se refiere a la confianza que se puede poner en la letra de los estatutos, reglamentos, pactos, convenciones, normas..., cuando falta el espíritu, llega el momento, y ya estamos en él, de poner la atención principalísima en el espíritu, ayudándonos principalmente con los medios sobrenaturales, haciendo poco caso de la letra.

Si una comunidad de bautizados es un anticipo del cielo en la tierra, no podemos olvidar que en el cielo no existe ni sombra de Estatutos ni de

Reglamentos; no hay más que Conocimiento y Amor.

## LA FAMILIA

1. Esposos: ¿habéis pensado que vuestro hogar obrero debería ser como arsenal que alimentara siempre el espíritu de los luchadores?

El matrimonio cristiano, por su carácter sacramental, debería ser, en todos los casos, una comunidad de bautizados. Todo conspira a que lo sea. En la teoría no falta nada.

En la práctica, sin embargo, no parece que los resultados sean demasiado brillantes.

Quizá ello se deba en gran parte a la mentalidad de los contrayentes, que (dejando aparte el Sacramento) van al matrimonio con un espíritu más parecido al de los paganos cuando se casan «por lo civil» que al espíritu de los bautizados conscientes cuando intentan formar una comunidad.

El espíritu con que se engendran y con que se crían los hijos, tampoco parece diferir del de los paganos decentes; en vez de intentar construir «sucursales» del cielo en la tierra, como es el objetivo principal de las comunidades de bautizados, tratando por todos los medios (especialmente sobrenaturales) de ser todos un solo corazón y una sola alma con el Corazón y con el Alma de Cristo.

¿Puede afirmarse que (en general y dejando de lado las «prácticas» religiosas) hay alguna diferencia a favor de las familias llamadas cristianas, si se las compara con las familias de los «paganos decentes»?

2. Antes éramos «buenos». Ahora, «mejores». Cierra, que no infecte nuestra santa morada la maldad del mundo

Imaginemos que los que reciben el Sacramento del Matrimonio ya formaban

parte de una comunidad de bautizados.

Cuando se re-unían en nombre de Cristo ya trataban con todas sus fuerzas de conocerse y amarse como el Señor nos conoce y nos ama.

Ahora, la re-uni6n se ha transformado en uni6n. No estar6n re-unidos de vez en cuando, sino unidos veinticuatro horas cada d6a, comiendo siempre en la misma mesa y habitando bajo el mismo techo.

Aquel deseo de formar un solo coraz6n y una sola alma, ¿a qu6 realidades podr6 llegar, si se esfuerzan en ser fieles a la Gracia bautismal?

No solamente no se apartar6n de la comunidad de bautizados, de la que llevan el esp6ritu, como hacen tantos «cristianos» al casarse, respecto a las agrupaciones piadosas a que pertenec6an, sino que ser6n fruto y corona de su comunidad, de la cual recibir6n fuerza para perseverar en el camino emprendido, y a la que dar6n nueva fuerza como «c6lula» del Reino de Dios, del cielo en la tierra.

Una comunidad de bautizados integrada principalmente (como debe ser) por matrimonios as6, es el testimonio cristiano de los laicos que todas las criaturas esperan, y claman con dolores de parto, desde los tiempos de san Pablo; la manifestaci6n de los hijos de Dios.

## EL TRABAJO

1. El trabajo es un atributo humano. El hombre, por tanto, tiene el deber de trabajar para hacerlo humano

Todos los seres vivos tienen como ley general de su existencia como tales seres vivos la de alimentarse y nutrirse con elementos apropiados, exteriores a ellos.

Los vegetales, a causa de su inmovilidad topogr6fica, vivir6n mientras encuentren al alcance de sus ra6ces y de sus hojas los elementos nutritivos que les son indispensables. La muerte aparece necesariamente cuando 6stos faltan.

Los animales tienen que ganarse la vida; tienen que moverse de un lado para otro, para poder ingerir lo que exige su propia naturaleza, y cuando no lo encuentran en un lugar, emigran a otro.

El hombre entra de lleno en esta regla general de todos los animales, con una



nota característica, que le diferencia de todos ellos. Los animales se nutren con lo que encuentran, normalmente tal como lo encuentran; el hombre tiene que transformarlo casi todo. Las piedras, para tener albergue, las fibras (vegetales y animales), para cubrirse, los granos de trigo, para tener pan. Los casos en que utiliza directamente los frutos, la leña, las cavernas... son los menos. Para que el hombre pueda vivir como hombre tiene que trabajar lo que la naturaleza le pone a su alcance.

Se dice que esta ley del trabajo la formuló el Creador con palabras a nuestros primeros padres. Pero no hay duda de que la imponen los hechos.

2. El orden del universo no se funda sobre el «orden» sino sobre la presión. La presión da orden

El caso de Robinson, viviendo solo, en una isla, es una pura fantasía. La historia, en cambio, nos pone de manifiesto que los hombres se agrupan siempre para que la subsistencia común pueda salir del trabajo común.

Pero la tendencia natural al mínimo esfuerzo, por una parte, que se junta al egoísmo del hombre endiosado, por otra, han motivado que en todas las sociedades humanas todos pretendan «meter» el mínimo y «sacar» el máximo.

Para que esta pretensión universal pueda ser una realidad, haría falta un verdadero milagro. Pero resulta que los milagros no se «inventaron» para estos casos...

La solución (?) ha consistido siempre en que unos pocos metieran el mínimo de trabajo y sacaran el máximo provecho en la sociedad de que formaban parte, ya que este «paraíso» no podía alcanzar a todos. Así aparecieron las clases dominantes, el orden establecido y la fuerza pública para que los descontentos no se salieran de la raya.

Esto, expresado de una manera muy esquemática, constituye la raíz profunda de la grandísima parte de los conflictos que a lo largo de la historia han enfrentado unos hombres a otros dentro de un mismo clan, y las luchas de unos clanes contra otros.

3. Sólo Dios es padre. Los hombres todos somos hermanos. Pero a muchos

eso no les interesa

El deseo de aprovecharse del esfuerzo ajeno, que es puro parasitismo, coexiste en cada hombre, con cierto «paternalismo» que nos impele a sentirnos protectores, providentes, consejeros... de los demás. Así, los que dominan se justifican ante sus propios ojos, alegando que ellos rinden a la sociedad unos servicios de un orden muy elevado, que justifican ampliamente el que se apropien ampliamente el resultado del esfuerzo basto y grosero de los que trabajan.

Claro está que los que trabajan también quisieran realizar estos altos servicios a la sociedad en que viven, pero «los otros» lo tienen muy bien organizado para evitarlo, o dificultarlo al máximo, alegando que no están preparados, no están formados, no son capaces, etc.

Y ésta es otra faceta de la razón profunda que enfrenta a los de arriba con los de abajo a lo largo de la historia.

Dicho de una manera brutal y descarnada, podría expresarse así:

Todos quisiéramos «meter» el mínimo esfuerzo y «sacar» el máximo provecho en orden al trabajo, y todos quisiéramos también «meter» el máximo y «cargar» con el mínimo en orden a la «mangancia». Esto es exagerado, pero contiene un gran fondo de verdad.

4. Pobreza, humildad y sacrificio. Implantémoslo los obreros y el mundo irá a Dios

Una comunidad de bautizados desemboca (o empieza), en muchos casos, en una comunidad de trabajo (Copin).

La aspiración común de formar todos un solo corazón y una sola alma con el Corazón y el Alma de Cristo, aprovechará todas las circunstancias (pequeñas, medianas o grandes) para manifestarse.

Ya no se tratará egoístamente de aplicar el mínimo esfuerzo y obtener el máximo provecho, porque todo se hace por Cristo; por Cristo, que está presente en los compañeros de trabajo y en las personas que van a utilizar los productos del trabajo.

Un centro de trabajo comunitario no ofrece diferencias perceptibles, con los ojos de la cara, al comparárselo con un centro de trabajo «materialista» donde

se elaboren los mismos productos. Las mismas materias primas, las mismas máquinas, los mismos edificios, la misma ordenación de trabajo. Todo es igual y todo es diferente.

Todo es igual externamente (lo que los ojos ven) y todo es diferente internamente (lo que los ojos no pueden ver). La alegría, la paz y sobre todo el amor, reinan. Los hombres, ¡al fin!, han entrado en órbita trinitaria, dándose unos a otros con espíritu de pobreza y colaborando en la creación con Dios Padre, sirviéndose mutuamente con espíritu de humildad en unión con Dios Hijo, y unidos todos en un espíritu de sacrificio, llenos de Espíritu de Amor del Paráclito.

## LA PARROQUIA

1. Algo falla en nuestras parroquias. ¿Dónde está la vida comunitaria, para conocer y amar a todos?

Teóricamente, la parroquia es la comunidad de los bautizados que radican en su demarcación. Que si son conscientes de su Bautismo, tendrán como aspiración y deseo fundamental el formar un solo corazón y una sola alma entre sí y con el Corazón y el Alma de Cristo.

En parroquias como las nuestras, en las que prácticamente todos estamos bautizados, el resplandor y el fuego de la comunidad parroquial debería ser deslumbrador.

Pero ¿es esto lo que existe en la mayoría de las parroquias? ¿Existe, al menos, en algunas? ¿Existe en una sola?

Es lamentable tener que poner un NO detrás de cada una de estas preguntas. ¿O hay alguien que cree que se puede contestar con un SÍ a alguna de ellas?

El caso es que en todas ellas hay personas que se esfuerzan, que se sacrifican, se «queman» y se desviven... para «levantarlas», Pero los resultados están lejos de corresponder a sus deseos y esfuerzos.

Se buscan soluciones en reuniones y «congresos», se ensayan «cosas», se promueve «esto» y «aquello», pero la llamarada devoradora del Espíritu no aparece.

2. Una parroquia que no dé aliento a pequeñas comunidades obreras está imposibilitada para vivir en medio de las realidades ciudadanas

Recientemente ha aparecido en español la traducción de un libro titulado No hay vida cristiana sin comunidad, escrito por el [Padre] J. Michonneau, [párroco] de San Juan Bautista, de Belleville, en París.

El P. Michonneau, conocido internacionalmente por sus estudios y sobre todo por sus experiencias por cuantos se interesan por los temas de pastoral parroquial expone lo que ha hecho, y por qué lo ha hecho, en cuarenta años, en tres parroquias diferentes. No es un libro muy voluminoso, pero es de una densidad y de una contundencia evangélica extraordinarias.

En hojas sucesivas nos limitaremos a reproducir algunos párrafos de este luminoso trabajo, como remate autorizado y «vivido» de cuanto se ha indicado en este Almanaque a lo largo del año que ahora toca a su fin sobre la comunidad de los bautizados.

Difícilmente, muy difícilmente, podrán constituirse comunidades de bautizados que no estén vinculadas, o que no sean consecuencia, de una comunidad parroquial, integradas en la jerarquía a través del párroco o de sus representantes.

La comunidad parroquial ha de ser la gran vitalizadora de las pequeñas comunidades de bautizados conscientes, y éstas, a la vez, serán las que darán vida esplendorosa a la comunidad parroquial.

3. Debemos amar a la parroquia por lo que auténticamente es dentro de la vida de comunidad internacional

Empieza así el Abbé Michonneau en la Introducción: «Pronto se cumplirán cuarenta años que estoy entregado enteramente a este Ministerio en ambientes obreros. Actualmente estoy en la tercera experiencia que hago de una parroquia que se abre y se expansiona, por cuanto el párroco y sus coadjutores creen en su tarea, consagrándose a ella en equipo, y aceptando el no omitir ni sacrificar nada de cuanto les parece que es necesario al conjunto.

Durante estos cuarenta años se han intentado muchas experiencias apostólicas y misioneras, se han tomado muchas iniciativas, más o menos felices, más o menos eficaces. Todas han tenido sus momentos de éxito y muchas han conocido la decadencia. Unas han nacido al margen de las comunidades

parroquiales, y otras, en su seno; algunas se han separado, incluso se han enfrentado con ellas.

En algunas ocasiones los promotores han creído encontrar en su experiencia una panacea definitiva.

La «parroquia» misma, después de un corto período de euforia, en el que los sacerdotes y los laicos parecían haberla comprendido y querido, al cabo de algunos años daba la impresión de haber caído en una especie de escepticismo y de desánimo. Muchos que «habrían creído en ella», yo diría con mayor precisión: que creían haber creído en ella, se han vuelto hacia nuevos horizontes.

De lo que estoy seguro, sin embargo, es de que este desánimo no es imputable al ministerio parroquial en sí mismo, sino a la manera incompleta de haber sido comprendido y practicado.»

4. Si la comunidad parroquial es operante, muchos hombres se darán cuenta de la vida de la Iglesia total

Continuamos con el Abbé Michonneau:

«El ministerio pastoral en las parroquias es esencial, primario e irremplazable. Afirmo que, practicado en su plena acepción, es de una eficacia misionera que sobrepasa en amplitud y en profundidad a las demás modalidades.

Sin éste, los demás esfuerzos no pasarán de ser parciales, esporádicos y se marchitarán con el paso de los años. Pero con él, todos prosperarán.

Y es que, quiérase o no, la parroquia es la célula de base; es la Iglesia en lo vivo. Es aquí donde se la ve, donde se la espera, y es aquí donde la Iglesia se constituye y vive.

Esto es lo que pretendo afirmar, a pesar de todo y contra todo; a pesar de los cantos fúnebres que han querido entonar alrededor de los campanarios ciertos innovadores sin mandato, o ciertos teorizantes que padecen empacho de planes.

¡Y pensar que muchos sacerdotes no se atreven a levantar la voz para exponer su convicción y su larga experiencia! Prefieren actuar oscuramente a pregonar sus resultados. Muchísimos de ellos se resignan a bajar el tono de su voz cuando ciertos exploradores que no han explorado nada, pregonan lo que han descubierto... en su mesa de trabajo. En unión con todos estos compañeros que jamás serán reconocidos, pero que con tanta frecuencia sufren al ver

cómo se pasa de largo ante auténticos valores, he resuelto escribir estas líneas».

5. Los obreros cristianos necesitamos revisar constantemente el porqué de nuestros caminos de acción

Sigue el párroco Michonneau:

«Las ideas no se elaboran de la misma manera en un hombre de acción que en un pensador. En el primero se mueven lentamente: se emprende una acción, se vive, se corrige, se vuelve a empezar, se adapta de nuevo. Junto con ésta se realizan otras acciones correlativas. De súbito, al hacer el inventario de éxitos y fracasos, al comparar los hechos... se descubre una ley. Esto puede ocurrir al cabo de dos, de diez años. En un momento dado se produce una síntesis en la mente que ilumina los caminos que se habían seguido y que explica los resultados.

Me imagino que en el intelectual la trayectoria de su pensamiento, incluso cuando parte de hechos, para encontrar la síntesis, es mucho más rápida. Entonces, su pensamiento posee una riqueza, una profundidad, una precisión de fórmulas mayor, pero no escapa al riesgo que llevan consigo las conclusiones generales; al ignorar los imponderables que únicamente pone en relieve el contacto con lo real, corre el peligro de extraviarse por caminos que parecen equivalentes, a la manera de una lupa que aumenta todos los detalles en la misma proporción.

Sea lo que sea referente a los dos sistemas de investigar, yo me encuentro con que no puedo practicar más que el primero que he expuesto, que es el del hombre de acción; es el de toda mi vida. Esto explicará la marcha que se sigue a lo largo de este pequeño volumen: parto siempre de los hechos para exponer las leyes que ellos me han sugerido».

6. Porque hay entre nosotros tanta oratoria elocuente, los obreros buscan a quienes les den la elocuencia de los hechos

El [P.] Michonneau termina la Introducción de su libro titulado No hay vida cristiana sin comunidad, con las siguientes líneas:

«¡Que nadie busque en estas páginas una obra literaria! Pascal afirma que «la verdadera elocuencia se burla de la elocuencia», y creo que ésta debería ser la ley suprema de toda predicación. En todo caso, es la que trato de imponerme

cada vez que subo al púlpito.

Cuando se llega a la vejez todo se sedimenta; muchas ideas por las cuales uno se había peleado, se han situado en un lugar mucho menos importante. Pero entre todas ellas, una idea dominante emerge en el centro. Se la pondría en el lugar fundamental al empezar de nuevo la vida, si este milagro se diera. Pero ya que esto no ocurre, se siente el ansia de gritarla a grandes voces a los que emprenden el camino de la vida y de la acción, a los que tienen delante de ellos una larga tarea pastoral a realizar.

¿Podrá, por lo tanto, sorprender a nadie el que yo la repita veinte veces, cien veces, variando las fórmulas y las palabras, o sin variarlas siquiera?

Con vistas a esto, con tal que la idea penetre, ¿qué me importa el estilo..., ni el peligro de hacerme pesado?»

7. La parroquia (párroco y fieles, conjuntamente) es responsable de que la evangelización sea realista

Al final de su libro *No hay vida cristiana sin comunidad*, su autor, el párroco Michonneau, escribe:

«La conclusión que se desprende de este libro es que no basta creer en la Iglesia que nos señala la verdad. Tampoco basta obedecer a la Iglesia, que nos ilumina y nos guía. Ni basta siquiera el ser personalmente testimonios de la Iglesia. Hay que creer en la vida de la Iglesia que crece y que, toda entera, avanza, toda entera se precisa y cada vez más informa al mundo.

Creer en el Reino de Dios no es aplazarlo para mañana o para más tarde; es saber que está ahí hoy en nosotros y alrededor de nosotros; y que nosotros, pájaros del cielo, podemos resguardarnos a su sombra y caldearnos con su fuego.

Creer en la Gracia, que nos viene por la Iglesia, es creer no solamente en «los Sacramentos», sino en este Sacramento esencial y primario que es la Iglesia misma, este Sacramento que da un alma a nuestra alma, un alma a todos los hombres de buena voluntad, única capaz de revelar al mundo que el mundo tiene un alma.

Tal como dice el Padre Congar: El sujeto, en el sentido más preciso de esta palabra, es decir: las personas responsables del apostolado, no son únicamente los obispos y los sacerdotes, sino también los fieles en unidad orgánica con ellos. Es la parroquia entera la que está encargada de la evangelización de un ambiente de vida determinado. Es toda la Iglesia la que (en el mundo, y con

vistas a su conversión) es el signo activo del Reino de Dios».

8. Apostolado mío, iniciativas mías, éxitos míos. ¡Malo! Eso no es de Cristo. Eso no ayuda a crear la comunidad

Continúa el párroco Michonneau en la Conclusión de su libro: No hay vida cristiana sin comunidad:

«Crear en la Iglesia es no creerse misionero a sí mismo, aunque se trate de un sacerdote o de un militante, ya que es la Iglesia sola e indivisiblemente la que es misionera. Por desgracia, se toman demasiadas iniciativas fuera de esta perspectiva: la entrada de un sacerdote al trabajo, la instalación de un coadjutor o de un párroco en una barriada... pueden ser actividades apostólicas prometedoras, pero no serán eficaces más que si forman parte de un conjunto.

Tampoco basta que el esfuerzo entre de lleno dentro de los que están autorizados por el magisterio de la Iglesia. Es menester que a la vista de todo el mundo se inscriba en un contexto. Muchos se interesan ahora por una pastoral de proximidad. Los sacerdotes, con toda razón, están atormentados por el deseo de entrar en contacto con todos los ambientes. Pero, ¡bonito avance si tales contactos son puramente personales, si la proximidad es solamente la de un hombre! ¡Bonito avance si se llega a que le digan: Usted, al menos, nos comprende... Éste es de «los nuestros»... Éste no es como los demás...

De nada servirá que un sacerdote habite en pleno barrio obrero si los otros sacerdotes no son acogedores a todos, si la casa parroquial no está siempre abierta; si su estilo no es sencillo y popular, si nuestros cultos se hacen cada vez más el asunto de unos cuantos iniciados, si todo nuestro ministerio no se dirige ni se interesa más que por feligreses solventes».

9. Si consiliarios y militantes obreros sabemos hacernos eco de las aspiraciones obreras, los hermanos bendecirán la Iglesia y la amarán

El Abbé Michonneau termina con las siguientes palabras su luminoso libro: No hay vida cristiana sin comunidad:

«Quien debe estar próxima es la Iglesia, y la Iglesia en su base, que es la



misma parroquia, porque quien ha de crecer es la Iglesia y no nuestra influencia. Para ello es menester que sea ella (y no solamente nuestras personas), que sea sencilla, que esté en contacto con el pueblo; ella la que esté a la escucha, ella la que hable, ella la que actúe. Claro está que la Iglesia obra a través de nosotros y en nosotros, pero hay que poner un cuidado extremo en no encerrarla dentro de nuestras propias actividades y nuestras pobres iniciativas.

En los lugares donde estamos encargados de conducirla y —en cierta manera— de moldearla, es menester que demos a la Iglesia su verdadero semblante, de comunidad desarrollada e irradiante, su verdadero semblante de madre de los pobres, que la liberemos de las miserables ataduras de conformismos y quietismos, que la limpiemos del polvo acumulado por los siglos, para que cante al mundo su grandioso himno de esperanza.

Si nosotros, sus ministros y sus militantes, sabemos traducir este canto, no con palabras del pasado, sino en el lenguaje de la vida de hoy, estemos seguros de que los que están alrededor pondrán su voz a tono y cantarán con Ella con el entusiasmo de haber encontrado de nuevo su alma común».

10. Vivir, vivir el amor; todos los obreros son capaces de comprender esta explicación callada

Este título del libro extraordinario del [P.] Michonneau puede utilizarse como resumen de las hojas numeradas de este Almanaque, que han ido «cayendo» al correr de los días del año 1963.

Al terminarse éste, la mejor recomendación que podemos hacer a los lectores del Almanaque, junto con la adquisición y difusión del Almanaque para 1964 (que seguramente ya lo han hecho a estas alturas), es la de adquirir y difundir dicho libro.

Allí encontrarán reunidas las ideas dispersas de las hojas del Almanaque, y las tendrán siempre a mano para utilizarlas en el momento que las circunstancias de la vida ofrezcan alguna oportunidad de realización dentro de la línea comunitaria. Porque lo que interesa más no es saber las cosas, ni siquiera hablar de ellas, sino vivirlas.

...Y pasó Cristo

Pasó con ese estilo inconfundible de Dios. Lanzó al viento la semilla insignificante de su vida y de su evangelio, y se alejó seguro a la eternidad... Su última tarde con nosotros la pasó en Cruz, pudriéndose como bueno entre salivas y mucho dolor. A la caída del sol, le enterramos..., y la semilla de su recuerdo, de su palabra y de su sangre, se quedó agazapada en la roca brava del Gólgota, y con ella la vida de aquellos infelices pobretones que se lo jugaron todo con Él.

Así comenzamos. Este es nuestro árbol genealógico. No presumamos indebidamente de sangre azul; porque el evangelio está en manos de los hombres y nos pueden tapar la boca con cualquier página de Cristo.

¡Ellos, los pobres, nos hicieron la Iglesia, aunque hoy estén muchos ausentes de ella!

Deberían volver pronto... Necesitamos rápidamente virilizar nuestro templo con su dolor y su hambre.

\*\*\*

Nuestra acción evangelizadora no puede pasar sino a través de nuestra propia vida. Entonces, ¿qué nos hace falta incorporar? ¿Qué hemos de modificar?

\*\*\*

La Iglesia, depositaría de la caridad del Padre, proyecta su amor más puro, pero también más violento, hacia el mundo en perdición. Es por eso que el mundo obrero es objeto de tanta solicitud por su parte. Es por eso que, dentro de ella, en Jesús, con Jesús, por Jesús, tenemos los obreros la única salida, la sobrenatural, para nuestra promoción y dignificación, y es ella la única que puede darnos LA VIDA DE COMUNIDAD.

nota

1 Modificamos ligeramente la ordenación de las palabras de este párrafo, que resulta un tanto forzada en el texto original (nota de Ruiz Camps).

## Indice

PRESENTACIÓN 2

VIDA CRISTIANA, VIDA OBRERA; IMPOSIBLE SIN COMUNIDAD 3

COMUNIDADES RELIGIOSAS 4

COMUNIDADES NO RELIGIOSAS 6

COMUNIDAD CONTRA EGOÍSMO 8

COMUNIDAD A LA FUERZA 10

COMUNIDADES PEQUEÑAS Y COMUNIDAD GRANDE 12

COMUNIDAD Y COMUNIÓN 14

EL BAUTISMO 16

LAS PROMESAS DEL BAUTISMO 18

DEL TODO 23

MUERTE Y VIDA 25

EL DON DE DIOS 27

LA DIVINA «INVASIÓN» 29

LOS QUE NO TIENEN NADA Y LO POSEEN TODO 33

¿Y LA COMUNIDAD? 35

EL CIELO 37

NUESTRA LIMITACIÓN 38

EL REINO 40

ENTUSIASMO 42

SER UNO 44

ESCUCHAR 46

TODOS 50

LA LUCHA 53

LA FUERZA DE LOS DÉBILES 54

COPERACIÓN INTEGRAL (COPIN) 56

LA FAMILIA 60

EL TRABAJO 61

LA PARROQUIA 64